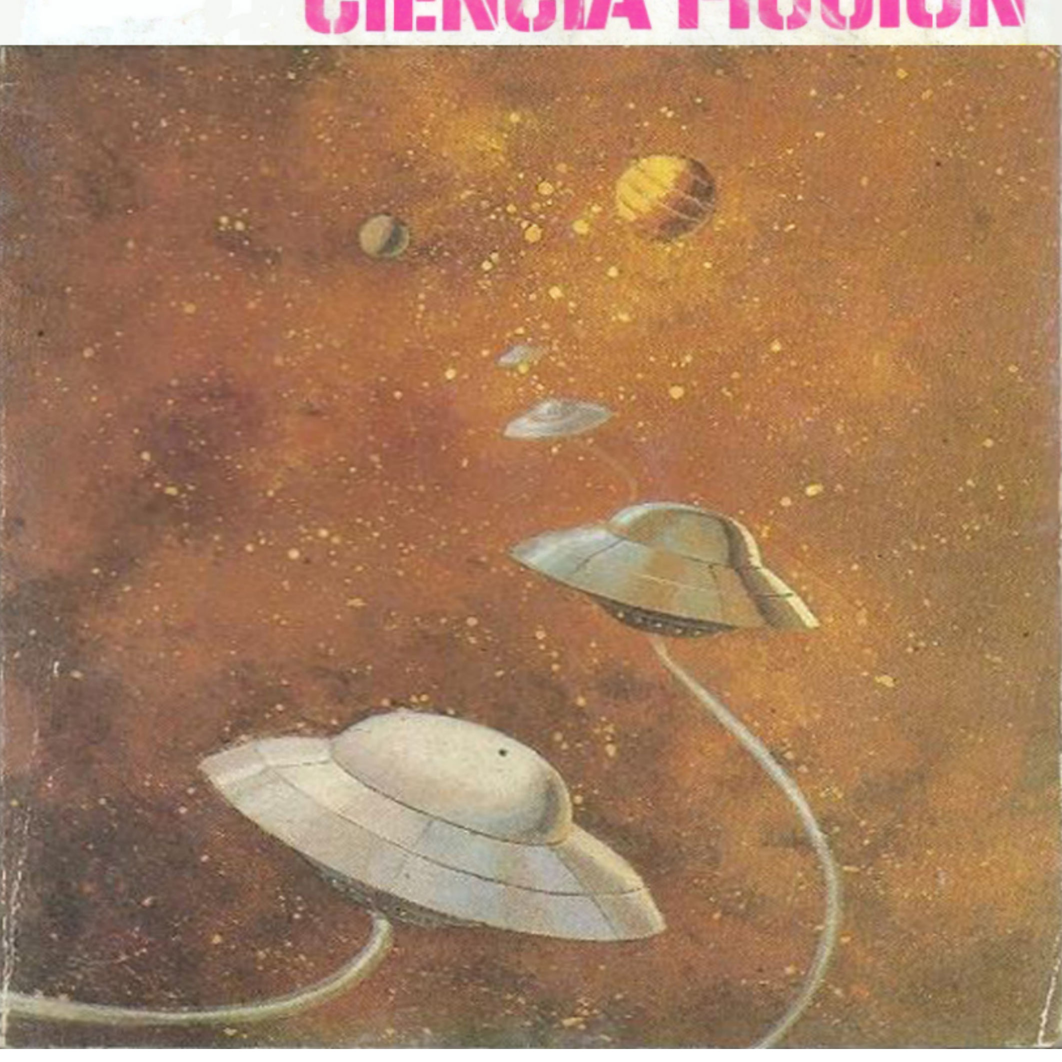
La conquista del ESPACIO

EXODO A LAS ESTRELLAS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Éxodo a las estrellas

A. Thorkent

La Conquista del Espacio/528

CAPÍTULO PRIMERO

El coche se detuvo y sus faros se apagaron. Desde su interior, Gerd Kremel observó a través del parabrisas. Las casas de aquel barrio eran antiguas, de dos o tres plantas y de fachadas mugrientas.
Miró a lo largo de una estrecha callejuela. Tal vez al otro lado había una plazoleta. Allí había luces. No las amarillentas lámparas que se agitaban en el viento nocturno, sino las producidas por los focos de las unidades de las patrullas.
Bajó del coche y avanzó unos pasos. Escuchó gritos, órdenes y varios disparos. Luego una ráfaga de ametralladora.
Más voces. Y también, maldiciones.
Tomó una calle lateral y caminó despacio, pegado a las paredes. Todas las puertas, ventanas y balcones estaban cerrados. Seguramente detrás de ellas muchas personas permanecían en silencio, llenas de temor.
Al pasar delante de un zaguán entornado percibió una respiración alterada. Se bajó hasta los ojos las gafas de infrarrojos y descubrió que se trataba de un viejo que dormía la borrachera del día.
Se alejó después de colocar de nuevo las lentes sobre su frente. Tenía la mano hundida en el bolsillo del gabán, amartillando la pistola.
A unos treinta metros estaba la plazoleta, con sus luces y ruidos.
Entre las sombras y zonas iluminadas vio a los soldados del SSM correr de un lado para otro. Se encendieron nuevas luces que proyectaron sus haces hacia las azoteas de una serie de casas de dos plantas, casi en ruinas.
Escuchó una voz rugiente que ordenaba abrir fuego. En seguida, una sucesión de disparos taladró la ya ruidosa noche.
Sabía quién había dado la orden. Cormeran, tal como le habían informado, estaba al mando de la operación.
Frente a él se abrían varias callejuelas, apenas alumbradas por oscilantes luces amarillas. Había muchas zonas sumidas en la más profunda oscuridad. En varios trechos, montones de basuras, cajas

repletas de desperdicios y algunos perros que buscaban restos de comida.
De pronto, dos chuchos echaron a correr.
Kremel se escondió cuanto pudo, arrimándose a una puerta de madera cerrada, seguramente atrancada desde el otro lado.
No necesitó de las lentes especiales para ver correr a alguien. Le seguía un soldado uniformado de azul y negro, tocado con el casco y la visera bajada. En una mano llevaba una porra larga y cimbreante y en la otra un rifle.
El soldado jadeaba y gritó al perseguido que se detuviese. La figura que huía sólo vaciló un instante. Reanudó su carrera y entonces Kremel, al entrar en una zona iluminada, supo que se trataba de una mujer.
Entonces vio al soldado que tiraba la porra al suelo y se echaba a la cara el rifle. Kremel estaba seguro que no iba a fallar. El hombre disponía de mira telescópica infrarroja y su presunta víctima apenas estaba aún a unos doce o trece metros de él.
En un momento algo borroso surgió un hombre de detrás de una pila de cajas y, se arrojó sobre el soldado. Rodaron por el suelo y una hoja de acero brilló un segundo. El cuchillo cayó y cuando se alzó su color era rojo, al mismo tiempo que el soldado gritaba lúgubremente.
La chica seguía corriendo y entró en la calle donde Kremel estaba escondido. Una sola vez miró hacia atrás y de nuevo vaciló, como si estuviera pensando regresar donde su perseguidor había sido abatido. Pero aparecieron tres soldados y ella prosiguió la huida.
El hombre que abatiera al soldado se incorporó y pretendió echar a correr. Sonaron varios disparos que iluminaron las callejuelas, el hombre saltó grotesca mente y se derrumbó sobre los montones de basura.
Kremel se había desplazado hacia el zaguán donde dormía el borracho. La puerta seguía entornada, pero allí ya no había nadie. Contuvo la respiración y cuando la chica pasó por delante de él la cogió por una mano y la hizo entrar.
Tuvo que ponerle una mano sobre la boca para que no gritase. Ella no ofreció resistencia. Kremel la sintió desmadejada entre sus brazos.
Encendió una lámpara y observó su rostro. Era muy bonita. Apartó la mano y miró una boca sensual, entreabierta. Desvió la luz hacia él para que la chica comprobase que no iba uniformado. Tal vez, pensó, aquello la tranquilizase. Se apartó para verla mejor. Tras su inspección, dijo:
—No parece usted tener motivos para huir.
Ella no respondió. Seguía mirándole con los ojos muy abiertos.
Lejos, se escucharon los pasos de los soldados, que se aproximaban.
—¿Por qué huía? —preguntó Kremel.

La chica tardó unos segundos en responder:
—Había visitado a una amiga. Me marchaba cuando llegaron los patrulleros y cercaron el barrio.
—No debió huir —dijo Kremel, pensando que aquello podía ser verdad —. La hubieran identificado y nada habría pasado si... —volvió a mirarla—. Si realmente no tiene nada que temer.
—Me asusté.
Kremel presintió que le mentía. Miraba fijamente aquellos ojos azules, muy grandes. Pese a todo, ella no parecía muy asustada. Y debía estarlo. Los soldados que se aproximaban debían estar furiosos. Un compañero suyo había sido degollado por un hombre que pretendió ayudar a escapar a la chica. ¿O sólo había sido una coincidencia la agresión?
En la calle, una voz susurró que alguien estaba en el portal. Escuchó que los rifles se montaban.
Empujó a la chica hacia el interior. Kremel· sintió una súbita confusión cuando dijo en voz baja:
—Escóndase dentro y salga sólo cuando todo esto haya pasado.
Luego salió al exterior. Apenas pisó la calle, tres rifles le apuntaron.
—Calmaos, muchachos —dijo alzando las manos vacías.
Incluso la pequeña lámpara la había guardado en el gabán.
Era consciente del peligro que corría. Alguno de los soldados podía ponerse nervioso y disparar. Se deslizó hacia la izquierda, penetrando en el área alumbrada tristemente de amarillo.
Uno de los soldados empezó a bajar el arma, confundido.
Tal vez le estaba reconociendo. —Soy Gerd Kremel.
Los otros dos se miraron, incrédulos. El soldado que había bajado el rifle se volvió hacia sus compañeros. No muy seguro, dijo:
—Es posible que tenga razón. Su rostro me es familiar.
—Si me permitís que saque de mi chaqueta mi identificación aclararemos este asunto —sugirió Kremel.
—Hágalo, pero muy despacio —dijo uno de los soldados. Kremel extrajo una carterita de piel, la abrió y mostró una placa metálica. Tres pares de ojos estudiaron el triple círculo negro rodeado de estrellas de tres puntas.
Inmediatamente se cuadraron. Kremel notó la palidez de sus rostros.
—No os preocupéis, muchachos —sonrió levemente guardándose la identificación. Los soldados sabían perfectamente que la placa no podía llevarla nadie más que el verdadero Gerd Kremel. En otras manos se autodestruiría.
—Lo sentimos, señor —titubeó el soldado que primero dudó que fuera quien perseguían—. Hemos abatido al mutante que asesinó a nuestro compañero, pero otro ha debido pasar por aquí.
— Yo he estado aquí desde hace unos minutos y no he visto a nadie.

Incluso pude ver cómo el mutante saltaba sobre el soldado para degollarlo. Creo que ha debido tomar otro camino distinto.
—Lo buscaremos, señor —aseguró el mismo hombre.
—Estoy seguro. Podéis seguir.
Hizo intención de avanzar en dirección a la plazuela y el soldado le dijo:
—Señor, sería prudente que alguno de nosotros le acompañásemos. En la oscuridad podría ser confundido.
Kremel asintió. Sabía que los soldados del SSM podían ver a través de la oscuridad e identificar a un compañero aunque estuviese escondido, con sólo captar sus emisiones de neuronas que el pequeño auricular alojado dentro de su oído derecho recogía.
—Venid todos, entonces —dijo. Pensó que debía alejarlos de allí. La chica no podría estar mucho rato escondida en el portal. Probablemente toda la zona sería registrada más tarde.
Caminó seguido de los tres soldados. Irrumpieron en la plazuela. Kremel se detuvo para hacerse cargo de la situación. Había soldados por todas partes, entrando y saliendo de las casas cercanas. Al levantar la mirada vio a varios saltar de una azotea a otra, siguiendo las indicaciones de los haces de luz.
De una casa sacaron varios cadáveres, arrastrándolos. Los arrojaron dentro de un vehículo negro. En camillas llevaron a dos heridos. Pasaron cerca de Kremel en dirección a una ambulancia. Eran dos hombres. Uno de ellos tenía una doble mano. El otro no mostraba ningún indicio externo de su condición de mutante.
La ambulancia arrancó y se alejó haciendo ulular su sirena.
Avanzó entre los coches. Una vez un soldado tropezó con él, pero al reconocerle se alejó asustado. Se detuvo cuando de una ventana saltó un hombre, que en seguida echó a correr. En la misma ventana aparecieron soldados. Desde allí dispararon y el hombre rodó por el suelo con las piernas destrozadas. Corrieron hacia él los enfermeros, que después de inspeccionarlo extendieron una gran bolsa de plástico y dentro lo metieron. Entre dos la cargaron y arrojaron a un vehículo pintado de negro.
En el fondo de la plazoleta, un grupo de prisioneros iban conducidos por unos soldados. Un gran coche cerrado chirrió al detenerse, se abrieron las puertas traseras y todos fueron metidos allí dentro a empujones.
Kremel sacó un cigarrillo. Estaba buscando su encendedor cuando escuchó rasgar un fósforo. Una llamita se acercó a su rostro.
Cuando de un soplido la llama se apagó, vio un rostro delante suyo. Era delgado, muy moreno y una cicatriz dividía en dos una frente estrecha y muy arrugada, sobre todo al sonreír parcamente.
—Buenas noches, señor. Debo considerar un honor su presencia

aquí.
Kremel soltó una bocanada de humo. Replicó:
—Hola, Cormeran. Según veo la operación está a punto de terminar.
—Así es —la avara sonrisa de Cormeran se esfumó y mostró una profunda decepción—. Pero no ha sido satisfactoria, señor. Alguien debió avisar a estos perros. La mayoría han podido huir. Los hombres que le encontraron me han dicho que un soldado fue asesinado por un mutante, cuando perseguía a una mujer, al parecer.
Kremel asintió.
—Sí, me los encontré. Yo me había escondido para intentar detener a ese hombre que huía. Por cierto, no estoy seguro si era una mujer.
—Ellos tampoco lo están, señor. Pero pensaron que era una mujer. Y suponemos que fue quien avisó a los mutantes que vivían en este barrio que nosotros íbamos a presentamos aquí esta noche.
Gerd se quitó el cigarrillo de los labios y tembló ligeramente. Se sentía furioso consigo mismo.
—De todas formas han hecho una buena captura, Cormeran.
—Habría resultado más numerosa si no hubiesen escapado muchos. Apenas hemos cogido a la mitad. Y muchos de ellos los hemos tenido que matar. Se defendían como diablos.
Kremel miró al hombre. ¿Qué pretendía Cormeran? ¿Que los mutantes se hubiesen entregado como corderos? Aquellos desgraciados sabían muy bien lo que les esperaba una vez que Seguridad y Salud Mundial les echaba el guante.
—¿Cuántos han apresado vivos? Cormeran se encogió de hombros.
—Aún no podemos dar una cifra exacta, señor. Pero calculo que unos doce o trece. Entre ellos están dos niños, aparentemente normales. Serán enviados a otros centros una vez comprobados.
Kremel asintió. Sabía qué clase de comprobaciones sufrirían. Si los investigadores certificaban que eran realmente normales no les pasaría nada.
Pasarían a depender del Estado, que se encargaría de su educación. En cambio, sus padres...
Kremel había pensado muchas veces si su paso del Ejército a SSM no había sido un error. Pero una sugerencia de Doc Lawford equivalía a una orden. Y Jefe Doc, como se conocía a la máxima autoridad de SSM, no podía ser discutido.
Notó que Cormeran le miraba con insistencia. Sabía que no gozaba de la simpatía del comandante, el cual siempre debió haber pensado que sería segundo jefe de la organización algún día. La inclusión de Kremel en el SSM debió resultar para Cormeran un duro golpe, que aún no había asimilado pese a que ya transcurrieron seis años desde que le trasladaron.
—No me imaginaba verle por aquí, señor —dijo Cormeran—. ¿Puedo

preguntarle si su presencia se debe a alguna circunstancia especial?
Kremel tardó casi un minuto en replicar, después de meditar concienzudamente la respuesta:
—El propio Jefe Doc me indicó que echase un vistazo antes de reunirme con él esta noche, comandante.
Cormeran se envaró y compuso una postura ofendida. —Sé arreglármelas perfectamente, señor. Si la operación no ha alcanzado pleno éxito se ha debido a que el enemigo recibió noticias de nuestra llegada.
—No se trata de nada de lo que piensa —dijo Gerd, visiblemente enfadado—. Sólo quería saber si entre los detenidos había algo...
—¿Especial, señor?
—Sí, ya sabe a lo que me refiero.
Cormeran negó fuertemente con la cabeza.
—No lo creo. Yo también he recibido la circular, señor.
Todos son mutantes vulgares, incluso los muertos. Estoy seguro. De todas formas...
—Siga, comandante —le instó Kremel.
—No debió presentarse de incógnito.
—Explíquese.
—Pudo haber sufrido un accidente. Tengo todas las entradas controladas, con agentes apostados en cada esquina que tienen órdenes de no permitir que nadie entre o salga. Pudieron haberle disparado.
Kremel miró su reloj. Se aproximaba la hora en que debía acudir a la cita con Doc Lawford. Consideró conveniente no entrar en discusión con Cormeran. Le hubiera dicho que por donde él llegó no había visto ninguna clase de guardias. Los primeros soldados que encontró fue el que perseguía a la chica y que alguien, posiblemente un mutante con arrestos, mató. Luego aparecieron los otros.
Pero eso habría significado tener que dar una versión distinta de los hechos, ocultar cosas a Cormeran. Optó por callar.
Aún dedicó unos minutos en recorrer los alrededores, siempre seguido de cerca por Cormeran. Cuando le dijo que debía marcharse, el comandante, después de saludarle, le prometió:
—Mañana tendrá sobre la mesa de su despacho un informe completo, señor. —Gracias, Cormeran.
—¿Ha venido solo, señor?
—Sí, en un coche privado. Lo tengo aparcado tres o cuatro calles al otro lado de una vía principal.
—Diré que le acompañen. Diversas patrullas están registrando algunas casas y podrían confundirle con algún fugitivo a causa de sus ropas civiles.
Kremel esperó a que llegasen dos soldados. Sin decir nada más salió

de la plazuela, un poco furioso. Había notado la segunda intención en las palabras de Cormeran. Nunca, desde su ingreso en el SSM, había vestido el uniforme de coronel reglamentario. Ni siquiera se había probado los que le entregaron. Los tenía en su casa, colgados en el ropero. Sabía que a Cormeran aquello no le gustaba. Aparte de él, en el SSM sólo Jefe Doc solía vestir de paisano.
Durante el recorrido hasta el lugar donde había dejado estacionado su coche se cruzaron con dos grupos de soldados. Uno salía de una casa arrastrando a un matrimonio de ancianos y el otro lo vieron llamar ruidosamente a una puerta cerrada.
Entró en el coche y despidió a los dos hombres de escolta.
Puso en marcha el motor, retrocedió el coche y enfiló una calle lateral.
Cuando abandonó los sórdidos barrios respiró tranquilo. Sus manos dejaron de temblar.
Entonces pensó en la chica que él había ocultado, preguntándose una y otra vez por qué había hecho tal cosa.

CAPÍTULO II

El jefe Doc Lawford, máxima autoridad de Seguridad y Salud Mundial vivía en una pequeña fortaleza, casi una reproducción en miniatura de la que se había hecho construir el Autarca en medio del desierto treinta años antes.
Después de ser verificada su personalidad por la fuerte guardia de la puerta, Gerd Kremel fue autorizado a penetrar en los jardines con su coche.
Lo detuvo al pie de las escalinatas de mármol y descendió.
Un criado corrió a hacerse cargo del vehículo y llevarlo al garaje. En la entrada, además de los dos soldados uniformados de azul y negro, un oficial le aguardaba. Después de dar un sonoro taconazo, dijo:
—Coronel, el Jefe le aguarda en la biblioteca. Sígame, por favor.
Kremel había estado allí otras veces y conocía el camino, pero tuvo que seguir al oficial, dejarse guiar por él como si fuera la primera vez que visitaba la guarida del Jefe, como se la conocía vulgarmente.
Como siempre, Kremel admiró los tapices que decoraban las paredes de las estancias que recorrieron. Eran obras maestras traídas desde Europa, seleccionadas personalmente por Doc Lawford, quien se autotitulaba un entendido en antigüedades. Y tal vez tuviese razón. Su rapiña de los museos europeos había sido cuidada, desdeñando las vulgaridades y apropiándose de verdaderas joyas de arte.
Sobre las consolas había estatuillas y relojes de bronce dorado o plata. Pasó delante de una serie de vitrinas que guardaban figuras de jade y oro, composiciones mecánicas en plata y joyas etruscas procedentes del mismísimo Museo Británico. Se decía que Doc

conservaba en los sótanos piezas que convertían las expuestas en míseras muestras expuestas a los ojos de los escasos visitantes que recibía en su casa. Nunca las mostraba a nadie y los bulos no podían ser desmentidos ni confirmados.
Llegaron ante las grandes puertas de caoba. Kremel sabía que al otro lado estaba la enorme biblioteca donde el Jefe pasaba la mayor parte del tiempo que permanecía en su casa, rodeado de ejemplares únicos.
El oficial empujó suavemente las puertas, volvió a dar un taconazo y anunció la presencia de Gerd Kremel.
En seguida, una voz, desde detrás de un enorme butacón de piel negra, dijo:
—Pasa, Gerd.
Kremel oyó que el oficial cerraba la puerta al retirarse.
Avanzó sobre una hermosa alfombra persa, sorteando las pequeñas mesas lacadas con diversas estatuillas en mármol de purísimo blanco y de marfil.
Rodeó el enorme sillón y se plantó delante del Jefe Doc. Casi perdido en el sillón, un hombrecillo le sonrió, dejó sobre una mesa el libro que había estado hojeando y le señaló un asiento frente a él.
—Ponte cómodo, muchacho. Sírvete algo si te apetece. Tienes coñac o whisky de cebada. También vodka o vino del Rhin.
Kremel siguió con la vista la dirección que la mano de Doc le indicaba. Sobre una mesa rectangular había un montón de botellas y algunos vasos y copas de fino cristal. Sabía que todo lo que había allí era auténtico, con muchos años de antigüedad. Pero negó con la cabeza.
—Entonces me aceptarás un cigarro —dijo Doc cogiendo una caja de madera, que abrió mostrando varios tubos de aluminio—. Aún siguen frescos, pese a que tienen más de cincuenta años. Me los trajeron hace unas semanas. El oficial que hizo tal hallazgo sabe lo que me agrada.
Kremel aceptó un cigarro. Abrió el tubo y lo extrajo. Después de romper el celofán lo olió. Efectivamente, estaba fresco. Lo despuntó y procedió a encenderlo. Exhaló unas bocanadas, viendo a través del humo cómo su anfitrión le miraba complacido.
A Doc se le podía aceptar un cigarro, pero tal vez no viese con complacencia cómo alguien hacía disminuir sus reservas de buenos vinos y licores, cada vez más difíciles de sustituir.
—Supervisaste la operación de Cormeran, ¿no es cierto? —preguntó Doc, tomando un cigarro y encendiéndolo con parsimonia.
—Sí, señor. Lamento decirle que no había nada de interés. Lo de siempre.
—Dame detalles de todas formas. Ya sabes que odio leer los aburridos informes de Cormeran.

Kremel relató lo que había visto y oído de labios del comandante.
—Demasiados muertos —dijo con pesar Doc.
—Cormeran afirma que los mutantes fueron alertados antes que ellos llegasen —dijo Gerd, no pudiendo evitar ponerse tenso.
—Es posible. Esa gente está bien organizada. Desde que eliminamos de las ciudades a los más monstruosos, los que pueden ocultar sus evidencias se muestran muy cautos y se ayudan mutuamente. Forman entidades secretas, logias que se comunican por medio de unos sistemas que aún no hemos podido descubrir.
—Los informes que recibimos eran exactos.
—Sí, siempre hay algún normal que vive cerca de algún grupo o familia de mutantes que sospecha algo o descubre un indicio. No duda en informar al SSM a cambio de la recompensa que recibirá después.
—Esta vez fue una mujer la confidente. No parecía muy contenta delatando a unos vecinos que al parecer se comportaban bien con ella. Tiene varios hijos. Su compañero la abandonó hace tiempo y está desesperada, rabiando por salir de aquellos barrios.
—Olvídese de esa clase de gente —dijo Doc moviendo las manos—. Son despreciables, pero imprescindibles para nosotros. De otra forma nunca localizaríamos a tantos mutantes.
—Pero los que cazamos no son los que el Autarca busca —musitó Kremel.
Doc movió la cabeza varias veces.
—No. Eso es cierto.
Kremel deglutió trabajosamente. Es el momento de hacer la pregunta, se dijo. Dio unas chupadas y dijo:
—¿Realmente existen esas personas que buscamos entre los mutantes?
Doc sostenía entre los dedos de su mano derecha el cigarro que ya se había apagado. Tenía la mirada perdida en el techo de madera labrada.
—Por supuesto. No todas las gentes que resultaron mutadas después del Desastre resultaron monstruosas. Otras fueron afectadas de diversa forma. Externamente son iguales a nosotros, pero sus mentes son poderosas. Muy poderosas.
—Paranormales —sonrió Kremel.
—Sí, así es. Hace años, antes que tú entraras en la organización, yo ya buscaba paranormales, aunque tal vez no con tanta intensidad como ahora. Empezamos en los teatros, circos y variedades. Tuvimos que cribar a los magos y prestidigitadores, levitadores y telépatas. El noventa y nueve por ciento resultaron unos fiascos, burdos engaños. Pero algunos eran auténticos paranormales, que gracias a sus poderes encontraron una forma de ganarse la vida.
»Pero eran los de menos importancia. Casi ninguno tenía contactos

con los grupos que buscábamos. Sólo uno entre los pocos localizados nos reveló algo interesante antes de morir. Al parecer estaba a punto de ser aceptado en una logia misteriosa. No pudo decirnos mucho porque no resistió a las drogas y murió. Pero el enemigo presintió algo y desapareció. Los escasos datos no nos sirvieron de nada.

»Habíamos alertado a las presas y se habían ocultado aún más profundamente, adoptando medidas de seguridad todavía más estrictas.»

—Me pregunto qué teme de ellos el Autarca.

—¿Temer? —Doc soltó una risita—. El temor del Autarca por ellos es mínimo. Los quiere. Desea atraparlos. Y no me preguntes para qué porque aunque yo lo sé ni siquiera a ti estoy autorizado a revelarlo.

—Creí que gozaba de su confianza, señor —dijo Kremel, dolido.

—Y tienes mi confianza, muchacho. Yo te observaba cuando eras un destacado oficial en el Ejército. Sabía de tus hazañas en las guerras contra los pueblos rebeldes del Golfo Pérsico. Pensé que eras el hombre indicado para ser el segundo jefe de SSM, y no me equivoqué. Algún día me sucederás y serás el jefe máximo —hizo una mueca de resignación—. Incluso podrías ocupar esta casa cuando muera. Sabes que no tengo familia y me molesta la idea que todo cuanto he reunido estos años se los repartan unos ignorantes.

Kremel no hizo comentario alguno, pero pensó que no le agradaría mucho vivir en aquella especie de pequeño museo, de aquel montón de rapiña, como él las llamaba. Disponía de un vulgar apartamento en el cual se sentía cómodo. En aquel bloque de viviendas nadie sabía que el inquilino del apartamento 100 era el segundo jefe de SSM. Salía y entraba sin que nadie sospechase nada. Allí se sentía de forma confortable y podía llevar chicas cuando le apetecía. Para algunos que le conocían de vista era un próspero comerciante que trabajaba en la zona sur de la ciudad, muy lejos de aquel barrio de gente acomodada.

Miró a Doc, que había vuelto a encender su cigarro. El silencio entre ambos se hizo molesto. Había comprendido que su jefe no deseaba o no quería hablar de ciertos temas. Bien, ya le había dado el informe que deseaba. ¿Qué esperaba de él ahora?

—Sé que haces muchas preguntas, muchacho —dijo inesperadamente Doc, haciendo que Kremel se moviese inquieto en su sillón—. Es lógico. Aún eres joven y muy curioso. Son cualidades para alguien que ocupa un puesto como el tuyo, pero un exceso de curiosidad puede ser peligroso. Lamentablemente no puedo responderte a muchas preguntas. Pero existe un bloque que forman una sola respuesta. ¿Tienes algún servicio mañana? ¿Algo especial?

—No. Sólo rutina. Por ejemplo, leer el informe de Cormeran.

—Eso no es importante —rió Doc—. Entonces nos volveremos a ver

mañana. Por ejemplo, a las nueve. ¿Te parece?
Kremel se limitó a asentir con la cabeza.
Doc se levantó y condujo a Gerd hasta la salida de la biblioteca.
—Nos veremos en la sede a esa hora. Quiero llevarte a un sitio y allí explicarte algunas cosas.
El oficial ya estaba al otro lado.
Kremel estrechó la mano que el pequeño hombre le tendía. Como siempre, la notó suave y un poco húmeda. Cuando pudo, ya casi cerca de la salida de la casa, se la restregó contra la chaqueta.
De nuevo en el coche, de regreso a la ciudad, se dirigió a su apartamento privado. Tomó el teléfono y marcó unos números. En el tablero se iluminó una pequeña pantalla y un atractivo rostro femenino apareció en él.
Apenas la chica empezó a sonreírle, Kremel le dijo: —Lo siento, cariño. Pero esta noche tengo trabajo.
—Oh, Gerd —exclamó la chica—. Yo pensé que...
— Te llamaré mañana. Y colgó el micrófono.
Kremel estaba cansado, como nunca lo había estado desde las campañas en el Golfo Pérsico. Estaba deseando tumbarse y dormir unas horas.

* * *

Kremel durmió mal aquella noche. Tuvo pesadillas pese a que había ingerido un par de tranquilizantes.
Mientras tanto, Doc Lawford había consumido su cigarro y apuradas dos copas de coñac francés.
Pasada la medianoche, Doc pulsó un dispositivo y una sección de su biblioteca se movió, mostrando una entrada. Se trasladó a una habitación circular y repleta de aparatos. Sentóse frente a un videófono.
Volvió a mirar el reloj. Apenas faltaban unos segundos. Como todas las noches a aquella hora, tenía que informar personalmente al Autarca.
La pantalla brilló. Automáticamente se establecía la conexión. Al otro lado, a más de mil kilómetros en el interior del desierto del Sahara, Kem Hill el Autarca debía estar mirándole. En cambio, Doc no vería al Autarca. Sólo le escucharía. Su pantalla permanecería blanca, oscilante.
Siempre se preguntó Doc por qué aquella manía de Kem Hill. Casi una vez al mes volaba hasta la Fortaleza para entrevistarse con el dueño del mundo personalmente. Doc no desconocía nada de lo que sucedía. ¿Por qué Kem Hill se resistía a enviar su imagen? Manías, pensó.
—Saludos, Doc —escuchó la voz del Autarca. Sonaba grave, como

siempre. Era su forma de indicarle que le estaba viendo, que podía empezar a hablar.
—Mis respetos, Excelencia —respondió Doc haciendo una leve inclinación.
Conocía al Autarca desde que comenzaron las guerras aisladas de pacificación. Entonces Kem Hill vestía un uniforme de campaña y él era su ayudante de campo. Cuando las cosas se estabilizaron y la burocracia desplazó a los militares, Doc se hizo cargo del recientemente creado departamento de Seguridad y Salud Mundial. Kem Hill se retiró poco después a la Fortaleza que mandó levantar en pleno desierto y pocas veces salía de allí. Si tenía que dirigirse al pueblo lo hacía por televisión, de obligada audiencia.
Doc era unos años mayor que Kem Hill, o al menos así lo suponía. Nunca logró saber exactamente la edad del Autarca. Pero las cosas habían transcurrido diferentes dentro de la lógica más depurada. Dejó de meditar cuando el Autarca carraspeó, seguramente para reclamar su atención. Tal vez había captado un destello de aislamiento en su rostro.
El Jefe se enderezó y aguardó.
—¿Qué tal la entrevista con su ayudante, Doc? —preguntó el Autarca.
—Mañana concluiré el plan previsto, Excelencia.
—Confío que el joven Kremel asimile la situación.
—Estoy seguro. Le he vigilado siempre de cerca.
—Tal como yo le pedí, Doc.
—Así es. Excelencia, ¿por qué me pidió que le sacase del Ejército y le hiciese mi segundo en la SSM?
—Porque así lo estimé oportuno. ¿Alguna queja?
— Ya no, pero en su tiempo existieron enfados entre los que pensaron que tenían más derechos para ocupar ese puesto.
—Lo comprendo. Sobre todo ese comandante llamado... ¿Cómo se llama, Doc?
—Cormeran, Excelencia.
—Es un hombre ambicioso. Pero cuando usted deje de ser el Jefe él ocupará el puesto que ahora ostenta Gerd Kremel.
—Supongo que se conformará con eso.
—Tendrá que conformarse. ¿Ha informado al Museo Aeroespacial que mañana lo visitará, Doc?
—No, Excelencia.
—Debió hacerlo, ordenar al director que lo cerrase al público. Medidas de seguridad.
—No es preciso. Entraremos de incógnito. Estaremos más cómodos. Nadie nos reconocerá.
Hubo una pausa que Doc estimó demasiado larga. Incluso llegó a asustarse.

—Está bien —terminó diciendo el Autarca—. Pero no me gusta que se desplace por ahí sin escolta, Doc.
Doc tuvo que reprimir una sonrisa.
—¿Quién pensará que el Jefe de SSM y su segundo estén en el Museo, Excelencia?
—Quiero que mañana me informe de su conversación con Kramel.
—Lo haré, Excelencia. A medianoche, como siempre.
—No. La próxima vez será antes. Hágala apenas deje a Kremel en la sede.
Doc notó en la voz del Autarca un tono de ansiedad. Replicó mansamente:
—Así lo haré, Excelencia.

CAPÍTULO III

Jeremías Lash esperó al pie de la escalera que conducía al museo a su hija Shenta.
La besó en la frente.
—Tienes mal aspecto aún, querida —dijo preocupado.
—Estoy bien, papá.
—No debiste bajar esta mañana, sino quedarte en cama descansando. Lo de anoche...
Ella se mordió los labios.
—Lo único que lamento es que llegué demasiado tarde.
Apenas pudieron ponerse a salvo algunos.
—Hiciste más de lo que podías. Pero Porter y su familia lograron huir. En cuanto a los demás... Ellos no te conocían bien y es lógico que dudaran.
Shenta trató de esbozar una sonrisa.
—Será mejor olvidar eso ahora, papá. ¿Ya se abrió el museo?
—Sí. A las nueve en punto, como siempre. Hoy no habrá mucho público. Lara Bondo ya está trabajando, si es eso lo que querías saber. Pero insisto en que deberías descansar. ..
—Te repito que me encuentro bien. Y estaré mejor cuando me tome una segunda taza de café.
Anduvieron por los amplios pasillos, llegaron hasta el enorme vestíbulo y allí Jeremías entregó a su hija un vaso de plástico con café caliente que sacó de una máquina automática.
Mientras ella bebía, echó un vistazo. Todos los vigilantes estaban en sus puestos. También los guías aguardaban cerca de la entrada. Por las grandes puertas de cristal se filtraba la luminosidad de aquel día.
Comenzaron a entrar los primeros visitantes. Como siempre, turistas de paso en Nortaf, algunos estudiantes, historiadores o simplemente personas que no tenían nada que hacer aquella mañana.

Jeremías se volvió para mirar a su hija cuando escuchó que el vaso rebotaba sobre el suelo de mármol.
La encontró pálida, mirando fijamente hacia los grupos de visitantes.
—¿Qué te ocurre?
Rápidamente, ella se encogió de hombros, sonrió y dijo antes de alejarse:
—Nada, creí que conocía a alguien que acaba de entrar. Jeremías observó cómo tomaba un deslizador individual, lo ponía en marcha y se alejaba por el camino para vehículos. Una vez, Shenta volvió la cabeza, antes de girar por un recodo.
El director del museo cruzó el vestíbulo y se dirigió hacia su despacho. Preocupado, entró en él. Había tratado de seguir a su hija, pero la mente de ésta estaba totalmente cerrada.
Joe Paredes apenas llevaba como guía en el Museo Aeroespacial dos meses. Había logrado el puesto después de duras pruebas. Cuando vio a los dos hombres que tomaban unos catálogos de encima de la mesa, desdeñando las grabadoras, pensó que deseaban la ayuda de un guía. Con su mejor sonrisa se dirigió a ellos, preguntándoles después de darles los buenos días:
—¿Desean ver algo en especial, señores?
La sonrisa de Joe quedó rota en un segundo cuando el más pequeño de los hombres le dirigió una mirada seca, cortante. El otro, más alto y fornido, permaneció indiferente.
—No, déjenos —dijo el hombre pequeño, pasando por su lado sin mirarle.
Joe se encogió de hombros y regresó junto a la entrada, dispuesto a esperar la llegada de visitantes más cordiales.
Pronto se olvidó de los dos hombres. El más alto preguntaba en aquel momento a su compañero:
—¿Seguro que no nos perderemos aquí, señor?
—Sé adónde quiero ir, muchacho —replicó Doc Lawford—. Me molestan esos guías novatos. Y no me explico por qué. Al menos hace muchos años los guías aceptaban propinas. No comprendo tantas amabilidades.
—Es su trabajo, señor.
—Acepta el puesto por un salario mísero, confiando en llegar a ser el director algún día.
Gerd Kremel pensó que actualmente los puestos de trabajo no eran fáciles de conseguir. Mejor era ser guía que acudir mensualmente a las oficinas sociales de SSM por el lote de bonos para comida. Y no todo el mundo disponía de una tarjeta mediante la cual tuviese acceso a los bonos.
No quiso discutir con su jefe, pero había descubierto que Doc sentía un gran desprecio hacia ciertas clases sociales, aunque todavía no

sabía cuáles eran exactamente.
—¿Nunca ha estado aquí, Gerd? —preguntó Doc.
—No. Esta es la primera vez.
—Veo que no siente curiosidad por la historia. El Autarca ordenó levantar este museo, además de otros muchos. Pero por éste sintió especial interés. Trajo de todo el mundo objetos para llenarlo. Los iremos viendo.
Llegaron hasta los deslizadores y pidieron uno doble. Gerd dejó que su jefe se sentase delante de los mandos, recordando que él conocía el museo.
Aunque nunca antes había estado allí, Gerd sabía que no existía en el mundo otro museo mayor que aquél. Tenía que ser así porque precisaba de grandes espacios para guardar naves aéreas de todos los tiempos hasta los cohetes espaciales usados a finales del siglo XX.
El deslizador avanzaba apenas a unos veinte kilómetros por hora por el amplio sector. A ambos lados, anuncios luminosos indicaban las diversas especialidades.
Gerd leyó los correspondientes a los primeros aeroplanos, las reproducciones de los hermanos Wright, algunos originales aviones que participaron en la Primera Guerra Mundial y copias o reconstrucciones de vehículos que culminaron gestas en las primeras décadas del anterior siglo.
Doc, mirándole de soslayo, dijo:
—Esas dependencias puedes verlas otro día si te apetece, Gerd. Realmente merece la pena visitarla, pero nosotros iremos directamente casi a las últimas secciones. Más allá existen otras que permanecen vacías. Tal vez algún día se llenen con testimonios. Y añadió después de una pausa: —Al menos eso espera el Autarca.
Se detuvieron cinco minutos más tarde y abandonaron el deslizador. Estaban delante de una entrada monumental, sin puertas. Doc avanzó con pasos decididos y Gerd le siguió.
Kremel no pudo evitar sentirse sobrecogido al echar un primer vistazo a aquella descomunal sala.
Su altura era de más de doscientos metros y el fondo apenas se distinguía. El sol penetraba a raudales a través del techo totalmente acristalado.
Allí, colocados sobre macizos soportes de acero y hormigón armado, se erguían docenas de cohetes de todos tamaños.
Doc señaló uno relativamente pequeño. Estaba colocado sobre un ángulo de 45 grados sobre una estructura de hierro.
—Creo que es el padre de todos ellos —dijo—. Fue usado durante la Segunda Guerra. Los alemanes los arrojaron sobre Londres. Es la V-1. Luego construyeron algunas V-2, pero la guerra terminó antes

que pudieran construir muchas unidades.
»Los Estados Unidos y Rusia se repartieron los científicos de Peenemunde y prosiguieron luego los trabajos, pero con cierta lentitud. Los rusos se adelantaron y lanzaron sus Sputniks en la década de los cincuenta.
»Los EE.UU. comprendieron que se estaban quedando atrás y crearon la NASA. Mira allí, Gerd. Verás diversos cohetes. Fueron encontrados en los antiguos estados de América del Norte. Fue una gran suerte.
Caminaron despacio por entre los ahusados proyectiles. Doc los iba señalando y explicaba:
—Vanguard, Juno II, Scout, Thor Able, Redstone, Atlas, Centauro, los famosos Saturnos, Nava, etc. Todos fueron proyectiles norteamericanos. Por desgracia no se consiguieron para el museo muchos rusos. Pero ahora veremos una representación interesante, aunque no numerosa, de ellos.
Kremel escuchaba a Doc en silencio, preguntándose a cada instante adónde quería ir a parar aquel hombre, que mientras hablaba relucían sus pequeños ojos.
—El hombre conquistó la Luna. No importa que fueran los norteamericanos. Fue el hombre, sencillamente —dijo— Doc mientras salían de la sala. Pasaron delante del deslizador. Kremel pensó que su nuevo destino estaba cerca—. Pero con la conquista de la Luna en los setenta no sucedió lo que muchos confiaban. La carrera del espacio se detuvo después de varios alunizajes. ¿Por qué?
Kremel le sonrió por toda respuesta. Conocía bien lo sucedido en el siglo pasado, pero optó por callar. Sabía que Doc sería quien le daría la respuesta, al menos su personal respuesta.
Anduvieron unos doscientos metros antes de entrar en la siguiente sala. Bajo el dintel, Doc le hizo detenerse. Kremel no podía ver lo que allí había porque el Jefe había procurado ponerle de espaldas.
—Tal vez —dijo Doc— se preocuparon mucho por los suministros energéticos del planeta, no sé. El mundo entró en tensión y las naciones sólo se preocuparon en armarse hasta los dientes, dispuestas a lanzarse al ataque o a defenderse, según su potencia bélica.
»Las últimas décadas del siglo XX fueron una total locura, muchacho. La humanidad desechó las estrellas y se preocupó sólo por dominar el viejo planeta. ¡Qué estupidez! Se desperdició la gran oportunidad, el momento de la euforia. Pero algunos insensatos comenzaron a protestar por las grandes sumas que se destinaban a la exploración espacial, como si ello no fuera rentable a la larga. ¡Era la única escapatoria que tenían nuestros antepasados y la relegaron a un lado!
Kremel frunció el ceño. Nunca había visto al viejo jefe tan alterado. No

se atrevió a decir nada.
—Antes que comenzara el conflicto definitivo, unos países se unieron y decidieron llevar a cabo un ambicioso proyecto. Eran conscientes que si el hombre no salía de su planeta y buscaba nuevos horizontes en el espacio terminaría destruyendo su cuna estelar: Pero el proyecto no pudo terminarse porque la guerra estalló antes. Se perdieron las grandes mentes que planearon eso. ¡Mira, Gerd!
Casi violentamente, Doc le hizo girar. Kremel se enfrentó con algo inaudito, con lo que nunca pensó existiera.
Aquella sala estaba abierta al cielo. Era sólo .un enorme círculo de alta pared que encerraba la más grande nave espacial imaginada por el hombre.
—Trescientos metros de alta, cincuenta de diámetro. Capaz de llevar a las estrellas a dos mil, a tres mil e incluso a diez mil personas —exclamaba entusiasmado el jefe de SMM—. Siempre estuvo aquí, cerca del desierto. En realidad el museo se construyó alrededor de esta nave porque resultaba imposible moverla.
Kremel caminó unos pasos, sintiéndose empequeñecido por la grandiosidad de la nave.
—Fue construida en secreto —dijo Doc—. Cuando el Autarca reunificó lo que quedaba del mundo, la descubrieron. Entonces Kem Hill ordenó que se levantase este museo a su alrededor, apenas a unos quinientos kilómetros de Norte, la actual capital del mundo.
—¿Por qué no partió hacia las estrellas? —preguntó Kremel.
—No fue terminada. La guerra lo impidió. Y sus constructores murieron o desaparecieron. Actualmente apenas quedan técnicos que sepan cuál era su secreto. Ni siquiera llegaron a instalarse los motores, el sistema de propulsión que debía levantar del suelo esos millones de toneladas.
—Quien financió esta construcción debió tener demasiado dinero. .
—Exactamente, nadie sabe quién suministró los fondos.
Se especula que fue una corporación secreta. Algunos millonarios europeos enriquecidos por la escasez del petróleo y varios emires árabes megalómanos.
—Es imposible que se haya perdido el rastro de esos mecenas —dijo Kremel moviendo la cabeza—. La destrucción en la guerra no fue tanta. Debieron quedar datos, indicios de lo que se estaba haciendo...
—Se investigó a fondo, muchacho. Nada. No se obtuvo nada. Y aquí trabajaron durante años cientos de obreros especializados, los mejores del mundo en su época. Pero todos se esfumaron. No quedó ningún plano ni nada que diera una pista, por pequeña, de la forma en que pensaban viajar a las estrellas a bordo de esta monstruosidad.
—Me gustaría ver el interior...
—Está prohibido.

—¿Por qué?
—Deseo expreso del Autarca. Yo he estado dentro dos veces, acompañándolo. Puedo decirte que aunque la estructura está entera, en su interior faltan muchas cosas. Sobre todo, la sala de máquinas y el puente de mandos, apenas esbozado.
Kremel echó una mirada alrededor de la nave. Extrañado, se volvió hacia Doc.
—Esto es lo más interesante del museo, señor. No comprendo cómo no hay nadie aparte de nosotros.
Doc dio unos pasos, mirando hacia abajo.
—Al principio vinieron muchas gentes, curiosos. Luego se fue perdiendo el interés. Ahora llegan para admirar las máquinas de guerra antiguas o los aviones de transporte antiguos. Se preocupan del pasado, no del posible futuro que pudo haber existido en la Tierra. Si esta nave hubiera despegado a tiempo se habría evitado la guerra que casi destruyó el mundo, dejándolo medio inhabitable.
Señaló la nave y agregó:
—Y el Autarca quiso conservarla como testimonio de la oportunidad perdida por la humanidad.
Kremel carraspeó.
—Bien, señor. Deduzco que usted me ha traído aquí precisamente para enseñarme esta reliquia. ¿Es el momento de preguntar por qué?
—Regresemos. Te lo contaré de camino a Nortaf. Regresaron a la vía principal y entraron en el deslizador.
Esta vez Doc le pidió a Kremel que condujese, pensando que ya sabía el camino de regreso.
Diez minutos después regresaron al vestíbulo. Allí, Doc se excusó, diciendo que quería ir al lavabo.
—Espéreme cerca de la salida.
Kremel asintió. Fuera les esperaba un helicóptero civil.
Nada en aquella visita podía hacer pensar a los visitantes o vigilantes del museo que allí se encontraban los dos principales jefes de la más temida organización del Autarca.
Se acercó a la salida. Ahora entraban muchos grupos de turistas. Seguramente en Nortaf había alguna agencia que recomendaba la visita al Museo Aeroespacial. Pequeños aviones a reacción salvaban los quinientos kilómetros. Cerca del museo había crecido una pequeña ciudad, a unos treinta kilómetros. En su área se realizaban prospecciones petrolíferas.
La Tierra seguía necesitando petróleo, aunque actualmente no se desperdiciaban como ocurrió durante el siglo anterior.
Había una cafetería y Kremel se dirigió a ella. Necesita un café que le estimulase. Pensó que durante el regreso, Doc iba a ponerle al corriente de algo trascendental.

Al entrar en la cafetería se detuvo. Una mujer estaba saliendo. Ambos se miraron fijamente. Aunque allí había mucha luz, Kremel estaba seguro de haberla reconocido. Y por la expresión de ella no dudaba que ella a él también.
—Mi hermosa fugitiva —susurró, poniéndose delante de la chica e impidiendo que saliese.
Ella, turbada, alzó la mirada. Al ver el color de sus ojos, Kremel ya no tuvo ninguna duda. Con voz vacilante, la chica dijo:
—Creo que se equivoca, señor.
—No. No puedo confundirme. Nos vimos ayer, al caer la tarde. Y el lugar no era precisamente tan conservador como éste. Entonces usted se marchó sin decirme su nombre. No me gusta cobrar por mis acciones, pero creo que es lo menos que me merezco...
—Me llamo Shenta Lash y trabajo aquí —replicó ella secamente.
—Sin embargo, ayer estaba a quinientos kilómetros. ¿Por qué ese viaje tan largo? —chasqueó la lengua y dijo reprobadoramente—. Debió volver agotada, aunque tenga un avión particular. Y sus bonitos ojos demuestran aún cansancio. ¿Por qué no me dice... ?
Kremel calló de pronto. Se habían escuchado dos disparos que retumbaron como cañonazos en el vestíbulo.
Todavía se estaba girando para salir de la cafetería cuando se escuchó otro más.

CAPÍTULO IV

Pese a que Doc entró en los lavabos con gesto ausente, sus muchos años de entrenamiento le advirtieron que aquel hombre le seguía. Reaccionó en seguida y su mano se deslizó al interior de la chaqueta, amartillando el arma que llevaba en la sobaquera.
Había notado el ligero temblor del hombre y las pequeñas gotas de sudor en la frente. Comprendió que se hallaba cerca de un asesino, de alguien que sabía quién era y estaba dispuesto a matarle.
Cuando el hombre sacó el arma ya había resuelto la serie de movimientos que debía hacer a continuación.
—Jefe Doc, no haga ningún movimiento extraño —dijo el hombre con voz trémula mientras le apuntaba con una pistola—. Vamos a salir del museo como si fuéramos dos amigos.
Doc supo entonces que no intentaba matarle, sino secuestrarle. Tal vez era algo peor.
Mientras asentía con la cabeza sacó muy despacio su pistola, tomándola delicadamente con dos dedos. La apartó lo más posible de su cuerpo. Vio con alegría que el otro seguía la trayectoria con fijeza. Se estaba distrayendo y era lo que Doc esperaba.
Entonces movió con rapidez la mano izquierda. Dentro del bolsillo del

pantalón llevaba otra pistola, apenas un delgado tubo con un solo cartucho. Lo extrajo y disparó contra el hombre a la altura de los ojos.
Al mismo tiempo, mientras su oponente caía con un agujero encima de la nariz, amartilló la pistola que había estado sosteniendo por la culata con dos dedos. Saltó por encima del caído y salió de los lavabos, regresando al vestíbulo.
Sonó el segundo disparo.
Alguien le había disparado. Confundido, Doc miró a todas partes. La gente corría de un lado para otro y entre ella descubrió a una mujer que aferraba con las dos manos una gran pistola.
Disparó contra ella y se maldijo porque con la precipitación había fallado.
Lo supo cuando escuchó un nuevo trallazo y un golpe tremendo en el pecho le hizo retroceder.
Doc quiso resistirse a caer. La mano que sostenía el arma le pesaba mucho, pero consiguió que éste se alzase. En medio de una neblina gris vio a la mujer que avanzaba hacia él sin dejar de apuntarle.
Entonces ella volvió a disparar. Fueron varias veces, pero él no escuchó los demás tiros.
Gerd Kremel corría desde la cafetería en dirección a los lavabos. A su alrededor la gente se tiraba al suelo o seguía corriendo.
En el fondo del vestíbulo vio con pánico que su jefe caía hacia atrás, empujado por una sucesión de disparos. Gritó y atrajo la atención de la mujer que parecía haberse vuelto loca, obsesionada sólo por acribillar a Doc Lawford.
—¡Quieta ahí o disparo! —la gritó deteniéndose para tomar puntería.
Reprimió sus deseos de matarla, pero aún dentro de su rabia comprendía que era preferible cogerla viva, llevarla a la sede y allí hacerla hablar.
La mujer se volvió, buscando al dueño de la voz que la había conminado a la rendición. A pesar de la distancia que los separaba, Kremel comprendió que ésta no se entregaría.
Intentó recordar el número de disparos que había escuchado. Tal vez no tuviese más balas en la pistola... Pero no podía arriesgarse. Además estaba toda aquella gente alrededor de ellos.
Hincó una rodilla en el suelo y mantuvo quieta su arma: con las dos manos, apuntando con cuidado. Eligió el hombro derecho de la mujer.
—Tire el arma lejos y levante los brazos —dijo.
Entonces ella lanzó un grito y movió el brazo armado.
Gerd se mordió los labios y apretó el gatillo. Ya no podía elegir un lugar del cuerpo de la mujer que sólo la hiriese. Tenía que tirar a matar.
La alcanzó en el vientre. Su proyectil explosivo hizo un enorme boquete y ella saltó en el aire y cayó sobre el mármol apretándose la

herida con ambas manos. Se revolcó sobre sí misma y se quedó quieta un metro más allá de donde cayó, dejando un reguero de sangre.
Gerd corrió primero hacia Doc, se arrodilló a su lado y sus ojos se enturbiaron cuando comprobó que estaba muerto.
No es que sintiera algo especial por su jefe, sino que se sentía humillado porque un par de locos lo habían asesinado estando él allí.
En seguida se dijo que la culpa no había sido suya. ¿Por qué quiso ir al museo sin la debida escolta? Tenía que reconocer que era muy difícil que fuese reconocido, pero siempre existía la posibilidad. Doc tenía muchos enemigos en todas partes, pero un atentado cómo aquél no podía llevarse a cabo sin una previa información.
Cuando se levantó vio que estaba rodeado de guardianes del museo, que le apuntaban con cierta vacilación. No le consideraban, no sabía por qué motivo, como un enemigo, pero tomaban sus precauciones.
Gerd les mostró la placa y dijo:
—Soy el coronel Kremel, de SSM. Avisen inmediatamente al acuartelamiento más próximo, transmitiéndole emergencia de alta prioridad.
Aquellos guardianes no tenían que saber quién era el muerto. Al menos la identidad de Doc Lawford.
Un vigilante llegó corriendo desde los lavabos. Dijo: —Señor, hay otro hombre muerto en los aseos.
Kremel observó con irritación a la gente, que se acercaba curiosa una vez segura que ya no habría más tiros.
—Cierren el museo —masculló—. ¡Quiero ver al director! Unos minutos más tarde se presentó un hombre alto y delgado, de cabellos canosos y muy pálido. Se presentó diciendo:
—Soy Jeremías Lash y soy el director del museo, señor. ¿Qué desea de mí?
Gerd entornó los ojos. Lash. ¿Dónde había oído antes ese apellido? Los guardianes llevaban a los visitantes al fondo del vestíbulo. Intentó ver a la chica. Pero era imposible. Se encogió de hombros, decidiendo que más tarde se ocuparía del asunto.
Volviéndose hacia el director, le dijo con voz agria: —He ordenado que se cierren todas las entradas y salidas del museo, director. Cuando lleguen las fuerzas de SSM se registrará a todo el mundo y hasta el último rincón de este maldito lugar.
Le dio la espalda y se alejó de Jeremías. Fue hasta donde estaba la mujer, aún en el mismo lugar. Alguien le había echado encima una manta, que Gerd apartó. Escuchó que un vigilante le decía:
—Está ya muerta, señor. Era una herida mortal.
Gerd se alzó para mirarle, dirigiéndole un gesto iracundo. ¡Claro que era mortal! Cuando disparó sabía que la mujer no tenía ninguna

posibilidad. Pero le hubiera gustado cogerla viva.
Se alejó con desolación. Encendió un cigarrillo mecánicamente.
Entonces pensó que la reacción del Autarca ante la noticia de la muerte de uno de sus más fieles colaboradores iba a producirle una reacción insospechada.
Vio al director del museo vagar como una sombra entre los vigilantes. Le llamó con un gesto y el hombre acudió a su lado con presteza.
Gerd le preguntó apenas se había parado delante suya: —¿Tiene una hija llamada Shenta Lash?
El director tardó más de lo normal, según apreciación de Gerd, en contestar:
—Sí.
—¿Trabaja aquí?
—Es mi colaboradora, señor.
Gerd aspiró hondo.
—¿Qué hacía anoche en Nortaf?
—¿Cómo? No entiendo... Yo no estaba en la ciudad y...
—Quiero decir su hija. Ella estuvo anoche en Nortaf.
Jeremías entornó los ojos y vaciló un instante. Impaciente, Kremel empezó a dar golpecitos con el pie derecho sobre el suelo.
—Ella no salió del museo, señor. Gerd arrojó el cigarrillo lejos.
—Confío que sepa lo que está diciendo.
En aquel momento entraban docenas de soldados de SSM con varios oficiales al frente. Gerd no supo entonces si debía alegrarse que entre ellos estuviese Cormeran. ¿Es que aquel hombre no descansaba nunca?, pensó echando a caminar para salirle al encuentro.

* * *

De regreso a Nortaf, Kremel fumaba en silencio al lado de Cormeran. El helicóptero volaba sobre las suaves dunas. Lejos, casi sobre el horizonte, se divisaban las unidades en que viajaban los cadáveres y algunas tropas de SSM.
Ellos habían dejado el museo los últimos, después de recibir los informes oportunos.
Se había registrado a todo el mundo y los resultados habían sido negativos. No se encontró más armas y todas las personas habían sido identificadas. Al parecer el grupo estaba compuesto sólo por dos personas.
—Es un feo asunto —susurró Cormeran mirando hacia el exterior.
Gerd asintió.
—Supongo que a estas horas el Autarca ya habrá sido informado —volvió a decir el comandante.
—Por supuesto. Lo hice yo mismo cuando usted estaba supervisando el registro a los visitantes del museo —replicó Kremel.

—¿Cuál fue el comentario del Autarca?
—Ninguno. Se limitó a escucharme. Ni siquiera pude ver su rostro porque la comunicación visual fue sólo en un sentido —Gerd se había sentido muy molesto entonces, sabiendo que Kem Hill le observaba, mientras que él sólo podía ver una pantalla vacía.
—Supongo que estará de acuerdo conmigo en que esos perros sabían que el Jefe estaría con usted esta mañana en el museo y planearon matarle, ¿no?
—Querían secuestrarlo, al parecer. Por los indicios, el hombre abordó a Doc cuando entraba en los lavabos y pretendió sacarlo del museo. Afuera estaba la mujer, cubriendo la retirada.
—A Jefe Doc han intentado matarle varias veces, pero creo que ésta ha sido la primera vez que pretendieron secuestrarle.
—Y la última —añadió Gerd, pensando que era un pésimo comentario.
—Sí, claro. Pero el asunto es feo, señor.
—¿Por qué insiste en ello? Eso lo sé, Cormeran.
—El Autarca podrá pedimos responsabilidades. Sobre todo...
Cormeran se había vuelto ligeramente para mirarle. Gerd estalló:
—Sobre todo a mí, ¿no? Vamos, dígalo.
—Lo siento, señor.
—No se inquiete por mi seguridad, Cormeran. Yo no soy responsable de nada. Jefe Doc insistió en traerme al museo y fue él quien desistió de la escolta oportuna. Lo lógico habría sido cerrar hoy el museo al público.
—¿Por qué, precisamente, en el museo, señor?
Gerd miró torvamente a Cormeran. Era lamentable que no pudiese confiar en él. Se sentía aislado dentro de la organización, sin nadie a quien poder transmitir sus pensamientos más íntimos. Cormeran seguía viendo en él al hombre que le usurpó el puesto que le correspondía como segundo jefe. Tal vez le odiase, pensó.
—No lo sé —contestó Gerd—. Precisamente iba a confiarme algo importante cuando se produjo su muerte.
—Es lamentable.
Transcurrieron unos minutos en silencio, sólo escuchándose el sordo rugido del motor. Al otro lado de la cabina, los pilotos seguían atentos a su trabajo.
—He pensado que debíamos ordenar una autopsia en los cadáveres de los dos asesinos, señor —dijo Cormeran.
Cormeran los llamaba asesinos y Gerd se preguntó si podían ser calificados de otra forma.
—¿Lo considera importante? Obviamente sabemos cómo murieron.
—Debemos aseguramos si son mutantes en algún grado, señor.
Gerd arrugó el ceño. Al menos él no había notado en los dos muertos

nada anormal. Claro que para estar seguro era preciso una autopsia. Podían tener indicios muy poco perceptibles.
—Tiene razón, Cormeran. Ocúpese de ello y déme una información al respecto tan pronto disponga de ella —asintió Gerd—. Efectivamente, podría tratarse de mutantes.
—Es lógico. Anoche apresamos a unos pocos y esos dos podían querer secuestrar a Jefe Doc para exigir una puesta en libertad de sus compañeros.
Gerd miró a su compañero de viaje. No estaba totalmente de acuerdo con aquella idea. Aunque los mutantes hubieran podido llevarse a Doc delante de sus narices, era muy improbable que el Autarca hubiese accedido a liberar a un solo prisionero a cambio de su libertad. Habría supuesto un mal precedente.
El Autarca, lo sabía Gerd, estimaba a Doc, pero no hasta el extremo de vulnerar sus más sólidas bases. Nunca había pactado el Autarca con sus enemigos mediante la coacción.
No quiso seguir hablando con Cormeran. Gerd tenía sus propias ideas, que al parecer Cormeran no analizaba.
Por ejemplo, lo que más le inquietaba y preocupaba era conocer cómo se había producido la presencia en el museo de las dos personas. ¿Cómo sabían que allí estaba el Jefe de SSM? Si alguien les había identificado al entrar y los avisó debían estar cerca. Tal vez en la ciudad petrolífera, apenas a treinta kilómetros del museo, una distancia que podía recorrerse en coche en veinte minutos o en cinco en avioneta.
Los dos secuestradores no podían hallarse en Nortaf. Era demasiada distancia. Doc y él no habían estado más de media hora en el museo. Tiempo insuficiente para llegar desde Nortaf. O tal vez era demasiado ajustado aquel plazo.
Gerd se pasó la mano por la frente. Era una parte de la investigación de la que pensaba ocuparse él personalmente. Que Cormeran abriese las entrañas de los dos muertos, mutantes o no, pero que les descubriese la identidad.
Resopló, llegando a la conclusión que su permanencia en el Ejército no era tan complicada como desempeñar el cargo de segundo jefe de SSM. Prefería luchar contra las regiones indisciplinadas. Era más sencillo.
De pronto sintió un estremecimiento.
El SSM había quedado sin jefe principal. ¿Quién ocuparía ahora el cargo? Aquello era competencia exclusiva del Autarca, por supuesto.
Pero Kem Hill podía demorarse unos días en tomar una decisión.
Gerd pensó que entraba en lo probable que él ascendiese automáticamente. Luego, con una mueca de amargura, añadió para su interior que también podía suceder que le demandasen, culpándole

en parte por la muerte de Doc Lawford.
Al fin y al cabo él había estado cerca y no había impedido su muerte.
Una hora más tarde llegaron a Nortaf. El helicóptero sobrevoló la parte sur de la ciudad y se posó en los terrenos de la sede.

* * *

No sólo no hubo ninguna clase de funeral para Doc Lawford, sino que por indicación expresa del Autarca, la noticia de su muerte no se hizo pública. En el incidente del Museo Aeroespacial había muerto un oficial de Seguridad y Salud Mundial que se encontraba allí de visita a manos de un par de locos.
Eso era todo.
Gerd no recibió ninguna nueva orden directa de Kem Hill.
Sabía que en la ciudad, procedente de la Fortaleza, se encontraban algunos enviados del Autarca, pero a él no lo visitaron. Hicieron algunas indagaciones y se marcharon.
El cuerpo de Doc Lawford fue incinerado y sus cenizas enterradas con nombre supuesto. Ahí parecía acabar todo.
Pero Kremel presentía que sólo se trataba del comienzo. Dos días después, sobre la mesa de su despacho encontró el informe de Cormeran.
El hombre y la mujer eran normales. No tenían en ningún rincón de sus cuerpos ninguna indicación que pudiera calificarles como mutantes. Resultaron ser hermanos. Sus nombres, Clara y Muriel Orsini. Tenían empleos fijos en el aeropuerto de Nortaf y el día de los hechos se ausentaron. Mejor dicho, no se presentaron a sus puestos. Tenían que haberlo hecho a las nueve de la mañana.
Alguien los vio la noche anterior en la ciudad petrolífera cercana al museo. Allí llegaron el día antes al atardecer y alquilaron un coche. Nadie sabe dónde estuvieron, pero regresaron al hotel a medianoche, un poco agitados.
Cormeran investigó en el hotel y el director, un poco nervioso, prestó toda su colaboración a SSM.
Los hermanos Orsini recibieron varias llamadas el día anterior al asesinato de Doc. El mismo día, alrededor de las nueve, alguien insistió en ponerse en contacto con ellos. Minutos más tarde salieron del hotel y volvieron a alquilar el coche.
El informe añadía que ese coche fue encontrado en el aparcamiento del museo.
Las llamadas telefónicas del día anterior no pudieron ser localizadas, pero la de la mañana siguiente fue hecha desde el museo.
Según el telefonista, fue una mujer quien pidió hablar con alguno de los Orsini.
Kremel dejó los papeles del informe y meditó unos minutos.

Luego ordenó a su secretaria:
—Llame al Museo Aeroespacial. Quiero que la señorita Shenta Lash se presente hoy mismo en la sede. Envíe un avión a recogerla.
Segundos después añadió antes de cortar la comunicación: —Si se resiste que la traigan a la fuerza.
—¿Detenida, señor? —preguntó la mujer.
—No quiero que ella lo piense, pero si no hay más remedio que sea detenida.

CAPÍTULO V

Jeremías Lash vio a su hija bajar de la escalera metálica.
Pensó que parecía demasiado pequeña al lado de la gigantesca nave.
Detrás de Shenta también bajó Obondo. El gigantesco negro la siguió con el ceño fruncido.
—Sabían que estabas aquí y no he podido engañarles —musitó el director.
Obondo dijo con voz ronca: —Podemos ocultarla. Jeremías negó con la cabeza.
—No —dijo—. Parece por ahora una invitación cordial, pero me temo que no dudarán en emplear la fuerza si nos resistimos. Están fuera.
Obondo y Shenta ya lo sabían. Ella miró con reproche a su padre.
—No debiste haberlos traído hasta aquí. Es peligroso.
—No los invité. Me siguieron. Son tres veteranos del SSM.
—Entonces será mejor que salgamos de aquí —dijo Obondo—. Podrían sospechar, decirle a sus jefes que estábamos en esta unidad.
—Bah —dijo ella—. Son demasiado lerdos. No pueden intuir nada.
Jeremías tomó a su hija por los hombros.
—Shenta, ten cuidado. Últimamente estás haciendo cosas peligrosas. No sólo pones en peligro tu vida, sino a toda la organización.
—¿Sigues reprochándome que avisara a esos hombres?
—Sabes que me refiero a tu llamada aquel día a la ciudad petrolífera. Estoy hablando de los Orsini.
Yo les dije que vinieran. Fueron ellos los que pensaron todo en un momento.
—Eso no lo puedo saber ya —dijo el viejo abatiendo los hombros. Mostró un gran despecho—. Tenías la mente totalmente cerrada, impenetrable.
—No quería involucrarte.
—Los Orsini cometieron un grave error —dijo Obondo, echando un vistazo a la salida. Aunque no los veía, sabía que los agentes de SSM se estaban impacientando—. Se ofuscaron cuando supieron que Doc Lawford estaba aquí en visita privada y en un segundo planearon secuestrarle, en lugar de regresar a Nortaf.

—No les reproches nada. Tenían familiares entre los detenidos.
—Y nuestros enemigos podrán ir atando cabos —dijo Obondo—. Tu padre tiene razón, Shenta. Estamos poniéndonos en evidencia. Y sería lamentable ahora, cuando nos queda tan poco tiempo.
Shenta se encogió de hombros.
—Vamos, estamos haciendo esperar demasiado a los hombres.
—Estaremos cerca de ti, hija —dijo el viejo con voz estrangulada.
— Yo iré a Nortaf para recibirte —prometió Obondo.
—No os preocupéis —sonrió Shenta—. Será pura rutina, volveré pronto.
La vieron salir de la sala. Desapareció visualmente al doblar la puerta, pero siguieron sintiéndola cuando subió al deslizador entre dos agentes de SSM. Incluso cuando partió a bordo del helicóptero estaban con ella.
Obondo miraba fijamente a Jeremías cuando los dos perdieron su contacto debido a que el helicóptero se alejaba del museo.
—Ella nos oculta algo, Jeremías —dijo—. No me gusta como se comporta.
—Siempre ha sido así. Cierra su mente cuando está preocupada. Lo hacía desde que era una niña —suspiró Jeremías—. ¿Iras a Nortaf como dices?
—Sí. Avisaré a los nuestros de allí y estaremos cerca de Shenta siempre. Nos turnaremos.
—No está detenida. Se trata de un requerimiento especial del coronel Kremel. Es muy extraño todo esto.
—¿Porque se trata de Kremel? —sonrió Obondo, mostrando su blanca dentadura—. Curiosamente, Shenta no le vio a él, sino a Doc. Creyó que estaba solo. Es un fallo muy grave. —No quiero que Kremel intervenga.
—Es posible que Shenta pueda convencerle que ella nada tiene que ver en el asesinato de Doc.
—Posiblemente. Si Kremel tuviera fundadas sospechas la habría detenido sin más. No olvidemos que su situación en el SSM no está muy clara, que su privilegiado puesto peligra. Aquella mañana Shenta me dijo —que había reconocido a alguien. Yo pensé que era otra persona, no Doc. Entonces ella me dijo que iba a trabajar, pero lo que realmente hizo fue llamar a los Orsini.
—¿Para que vinieran aquí a asesinar al Jefe Doc?
—No, no. Los Orsini iban a venir para hablamos. Aquel día no pensaban ir a su trabajo en el aeropuerto. Estaban un poco asustados y rabiosos al mismo tiempo. Shenta les advirtió que volviesen a Nortaf, que podía ser peligroso que se dejasen ver por aquí. Y ellos hicieron todo lo contrario.
Salieron de la sala y Obondo cerró detrás suyo las puertas. Atrás

quedó la gigantesca nave. Aquel día no sería visitada por nadie más. Sobre el dintel de la entrada había un cartel que anunciaba a los visitantes que la sección estaba cerrada debido a obras.
Mientras se dirigían a su deslizador, Obondo dijo: —Supongamos que Shenta consigue engañar a Krernel y regresa sin ninguna sospecha. ¿Seguiremos con el plan?
Jeremías asintió con vigor.
—Sin ninguna alteración. Ya no podemos modificar nada.

* * *

Gerd Kremel recibió con irritación el aviso, apenas le habían comunicado que el helicóptero que llevaba a Nortaf a Shenta Lash se había puesto en camino.
Pero se trataba de una orden del Autarca.
Le ordenaba que se presentase inmediatamente en la Fortaleza.
Dispuso que Shenta fuese tratada con toda consideración.
Se le debía alojar en una estancia confortable y en ningún momento debía pensar que estaba detenida. Tal vez estuviese de regreso de la Fortaleza al anochecer.
Por todos los medios, insistió al teniente Valdez, Shenta debía ser tranquilizada. Incluso se le permitiría hablar con su padre.
Un coche condujo a Kremel al aeropuerto. Allí le esperaba un pequeño reactor. El piloto le dijo que todo estaba dispuesto y él levantó el pulgar para comunicarle que podía emprender el vuelo.
Kremel intentó relajarse en el asiento, dispuesto a poner en orden sus ideas.
Tenía una hora por delante. La Fortaleza del Autarca, su guarida de la que apenas salía, estaba a mil kilómetros al sur, en la zona más árida del desierto. Sobrevolarían el lugar donde estaba el museo. Probablemente se cruzarían con el helicóptero que conducía a Shenta a la sede.
Intentó dejar de pensar en Shenta y concentrarse en su destino.
No era la primera vez que vería al Autarca en persona, pero sí iba a ser su primera cita con él. Las otras veces siempre acompañó a Doc Lawford en dos audiencias y en varias reuniones políticas.
Pero era la primera vez que acudía a la Fortaleza.
Sólo conocía el lugar por fotografías. Era un gran edificio, medio enterrado en la arena del desierto. Había un aeropuerto cerca con tres escuadrillas, una de las cuales sobrevolaba constantemente el espacio aéreo. Sobre las calientes arenas patrullaban docenas de vehículos armados.
Acercarse a la Fortaleza sin permiso expreso de su dueño era una quimera.
Hacía unos doce años se realizó un ataque a la Fortaleza por medio

de misiles. Fueron lanzados desde Madagascar por los rebeldes del Pacífico. Sólo uno alcanzó la Fortaleza, pero los daños fueron mínimos. Luego se sabría que el Autarca estaba bien alejado del peligro. Sólo había tenido que tomar su ascensor particular y refugiarse en su refugio situado debajo de la Fortaleza, a unos dos mil metros de profundidad.

Al día siguiente, los rebeldes de Madagascar fueron arrasados mediante un feroz ataque aéreo y terrestre. Kremel participó en la acción punitiva al frente de las tropas de desembarco. Entonces era un alférez lleno de ambiciones, recién salido de la academia. Allí se ganó su primer ascenso.

Una hora más tarde, el reactor aterrizó en la delgada pista. Al final le esperaba un coche.

Cuando Kremel descendió vio a lo lejos la mole amarilla de la Fortaleza, medio confundida con el paisaje desolador.

Desde allí, el Autarca, el dueño del mundo, dominaba la Tierra.

Kremel fue introducido en la Fortaleza por un pasaje subterráneo. Después de atravesar un largo túnel llegaron a un estacionamiento. Los silenciosos oficiales de la guardia personal del Autarca le hicieron entrar en un ascensor. Allí Kremel calculó que no podían haber descendido más de un centenar de metros cuando la cabina se detuvo.

Le indicaron que pasara a una habitación y entró decidido, esperando encontrarse con un secretario o algo parecido.

Era una estancia de regulares dimensiones. Los muebles eran sencillos y entre ellos destacaba una larga mesa de madera y vidrio. Al otro lado había un hombre sentado en una silla de metal, algo extraña.

Al ver el rostro del hombre, Kremel abrió la boca sorprendido.

Estaba delante del Autarca.

* * *

—Aproxímese, coronel —dijo la voz del Autarca, al tiempo que una mano se movía para expresarle gráficamente lo que debía hacer.

Kremel avanzó hasta detenerse delante de la mesa. Allí se puso firmes. Vestía sus ropas de paisano. No había tenido tiempo de buscar el uniforme.

Pero los ojos del hombre no parecían mostrar ningún enfado. Eran negros y sobre ellos no se producía ningún parpadeo.

—Desde que usted me notificó la muerte de Doc Lawford he estado meditando, coronel. ¿Sabe en qué?

—No, señor.

—No me gusta que me mientan, coronel. Sé que se ha preguntado varias veces, tal vez muchas, quién será el nuevo jefe de SSM.

—Con sinceridad, señor, esa pregunta me la he formulado, al mismo tiempo que otras muchas. Pero pensaba que me había ordenado venir aquí para otra cosa.
—Es posible que sea sincero, amigo. ¿Doc terminó de contarle a usted para qué le había llevado al museo?
—Iba a hacerlo cuando le mataron.
En seguida, Kremel notó que había cometido un error. Lo comprendió al ver un ligero parpadeo en Kem Hill. Había dicho que mataron a Doc, en lugar de decir que lo asesinaron. Hubiera sido lo lógico.
—Siéntese, coronel —le pidió el Autarca.
Kremel lo hizo en una silla cercana a la mesa. No era muy cómoda y adoptó una postura envarada.
—Supongo que Doc sí tuvo tiempo de exponerle parte de lo que le hizo llevarle allí. Por ejemplo, lo que fue el siglo pasado los intentos de expansión planetaria.
Kremel explicó al Autarca lo que escuchó de Doc.
—Bien —asintió Kem Hill—. Doc le habría dicho que si las naciones no hubiesen abandonado la carrera espacial, probablemente se habría evitado la guerra que estuvo a punto de acabar con el planeta, ¿no? —sin esperar que Kremel siquiera asintiese, añadió—: Yo he salvado este mundo del caos, coronel. Lo hice siendo muy joven. Comencé con un grupo de facinerosos. Luego se me unieron idealistas. Me serví de ellos para realizar mis primeras conquistas e implantar mi orden. Luego los abandoné porque no me servían.
—Conozco la historia, señor.
—Usted conoce la historia que está al alcance de los escolares, pero yo puedo contarle otra muy diferente. Mi Ministro de Propaganda se esfuerza por presentarme como un salvador. Tal vez en cierto aspecto tenga razón, pero yo he tenido que ordenar miles de ejecuciones y disponer el arrasamiento de regiones en este planeta que se negaban a obedecerme.
»Ahora hay cierta paz y todo el mundo, lo que queda de él, piensa que yo, desde el norte de África, velo por la seguridad de lo que queda de Europa y Asia, América del Sur y, parte de Oceanía. El resto está perdido, sumido en un fango radiactivo. Pero el porvenir no es seguro, coronel. El hombre tiene que salir al espacio si no quiere que dentro de unos años se cometan los mismos errores.
—Doc me dijo que los técnicos en navegación espacial no existían ya desde hace años.
El Autarca aspiró aire en profundidad.
—Pero se refería a los que conocían los medios tradicionales. Tal vez nosotros tengamos que volver a ellos o ... buscar otros nuevos. ¿Se ha preguntado por qué he ordenado que se localizasen a los mutantes, a esos seres productos de las guerras?

— Varias veces, señor. Al principio de siglo fueron muy perseguidos, pero luego se toleraron.
—Sólo se admitieron a los que tenían mínimas alteraciones —restalló el Autarca—. Se ocultaron, sencillamente. Pero existen otros mutantes que sí significan realmente un peligro. Esos seres con más o menos monstruosidades en sus cuerpo no significaba nada. Yo me refiero a los que tienen algo que externamente no es localizable. Yo quiero tener en mi poder a los que poseen mentes excepcionales.
»Las radiaciones no sólo produjeron monstruos, sino seres con poderes mentales. Esos son mi objetivo. Los quiero, coronel.
Kremel intentó buscar una postura más cómoda, no consiguiéndolo.
—Son difíciles de descubrir, señor. —Iba a añadir que primero había que demostrar que existían, pero calló.
El Autarca pensaba que sí y él no iba a ser tan temerario como para ponerlo en duda.
—Pero están en alguna parte. Cuando usted camina por las calles puede cruzarse con docenas de ellos. Esos malditos se comunican entre sí cuando están a ciertas distancias, pueden levitar, alzar cosas y moverlas de un sitio para otro. ¡Y cada generación que se produce son más poderosos!
Kremel asintió. Empezaba a comprender al Autarca. Tenía miedo a los mutantes.
—Esas gentes están desarrollando sus sentidos, coronel.
Incluso mis científicos me han asegurado que pueden transmitir sus poderes a otras personas, que todos los seres somos potencialmente iguales a ellos, pero que existe algo en nuestras mentes, como una barrera, que nos impide alcanzar ese grado de desarrollo paranormal. Odio a esos hombres y mujeres que se aíslan en sociedades secretas, coronel. Son egoístas porque no quieren compartir sus secretos con nadie que no sea de sus grupos. Están en todas partes, en todos los continentes.
Volvió el Autarca a realizar una pausa.
—Es preciso que capture a algunos, coronel —dijo—. Podría degradarle ahora mismo, incluso encarcelarle. Se le acusaría de negligencia en la muerte de Doc Lawford. Pero yo sé que usted no tuvo la menor culpa. En cambio, coronel, voy a ascenderle. Quiero que sea el jefe de SSM. Tendrá mano libre para actuar, pero le daré un plazo de un año para que descubra a algunos paranormales y los ponga a mi disposición.
Kremel respiró tranquilo. Era un plazo corto, pero podía ser suficiente si actuaba con eficacia. Y sabía que Doc ya había hecho la parte más ingrata. ¿Qué pensaría Cormeran cuando se enterase?
—Haré lo posible, señor.
—No será suficiente. Quiero tener para normales antes de un año. ¿Y

no siente curiosidad por saber a qué se debe mi ansiedad?
—Admito que sí, señor.
Kem Hill hizo deslizar su silla, saliendo de detrás de la mesa. Entonces Kremel vio que se trataba de una silla de ruedas, con un pequeño motor incorporado. Era eléctrico y no producía ruido alguno.
—Tengo que dedicar todas mis fuerzas a impulsar la investigación espacial, coronel. Pero no puedo hacerlo como quisiera.
Kremel estaba pálido y no sabía qué decir. El Autarca le observó divertido.
—Usted no sabía nada de mi estado, por supuesto. Apenas lo saben algunos colaboradores íntimos, entre los que se encontraba Doc. Esto no debe saberlo nadie, coronel. Me responde con su vida del secreto. No puedo moverme por el mundo con estas sillas. Necesito libertad de movimientos. Estoy así desde hace tres años y me desespero en esta silla maldita. ¿Comprende ahora por qué quiero que detenga a cuantos paranormales pueda?
Ante el silencio de Kremel, el Autarca aulló:
—Porque esos malditos deben derribar la barrera que existe en mi mente, mostrarme la forma de poder mover este cuerpo inútil con la fuerza de mi mente. Ellos pueden hacerlo, coronel. Me lo aseguraron los más eminentes hombres de ciencia. Podré levitar, simular que camino y mostrarme ante todo el mundo de nuevo, reafirmar mi poder y ganar tiempo para relanzar un vasto programa espacial que culmine con la conquista de planetas que giran alrededor de las estrellas.
El Autarca jadeó. Movió la cabeza y terminó mirando a Kremel.
—Tengo que dominar la enfermedad que discurre por mi cuerpo. Los médicos no pueden hacer nada. Algunos hasta se atreven a insinuar que es algo psicológico. Es decir, de la mente. Cuando tenga en mi poder algunos paranormales les obligaré a que me digan cómo puedo ser como ellos.
»He mantenido mi precario estado físico porque existen muchos presuntos colaboradores míos que sólo esperan mi muerte para intentar ocupar mi puesto. Entonces se lanzarán como fieras por el dominio del mundo, por lo que yo he creado. No tengo mucho tiempo para seguir manteniendo esta farsa, coronel.
»Si logro vencer el proceso de esta enfermedad antes que alcance el tronco para arriba que aún está ileso, lograré establecer un plan de vuelos estelares antes de cinco años. Si no... Todo se sumirá de nuevo en las tinieblas.
El Autarca regresó a su sitio detrás de la mesa. Kremel comprendió que la audiencia había terminado. Antes de retirarse, Kem Hill le dijo:
—Ahora está metido en el juego, coronel. No me defraude. Sé que con su ayuda lograré descubrir a los paranormales.
Kremel pensó que el Autarca estaba más seguro que él.

—Llámeme a medianoche cuando tenga algo que decirme de importancia. Así lo hacía Doc Lawford desde su casa. Quiero que a partir de ahora sea la suya. Adiós, coronel.

CAPÍTULO VI

Doc Lawford había sido un íntimo y viejo colaborador de Kem Hill desde hacía muchos años. Sin embargo, el Autarca no parecía apenado con la desaparición del jefe de SSM, pensó Gerd durante el viaje de regreso a Nortaf.
El reactor volaba a diez mil metros de altura en dirección norte. El sol empezaba su declive hacia poniente.
El piloto le avisó:
—Llegaremos dentro de veinte minutos, señor.
Aún discurría bajo ellos el desierto. Una vez el Autarca prometió al mundo, en uno de sus mensajes por televisión, que rescataría aquellos inmensos parajes, convirtiéndolos en vergeles. Sonrió. Aún no se había hecho nada. Pura propaganda, pensó.
Kremel se sentía inquieto. Todo se estaba precipitando, en una constante aceleración. Se había convertido en jefe supremo de la organización más poderosa y temida de la Tierra, de las varias que había creado el Autarca.
Sin embargo, seguía considerándose una mariometa.
El piloto abrió la pequeña compuerta, se inclinó y le dijo con voz inquieta:
—Señor. un caza nos está alcanzando.
—Identifíquese —replicó Gerd—. Tal vez nos envían escolta de Nortaf.
Se asomó a la ventanilla y miró. Divisó el avión. Era un caza con los emblemas del Autarca dibujados en sus costados. Volaba a unos mil metros de distancia y un poco más alto.
El caza aceleró y lo perdió de vista. Dificultosamente escuchó la voz del piloto comunicarse con él por radio.
—No contesta, señor —le informó el piloto.
Y en seguida, le añadió con alarma:
—¡Nos está atacando! ¡Dispara!
Kremel saltó de su sillón y se dirigió a la pequeña cabina.
Se asomó por la puerta. Gritó al piloto que acelerase. —Imposible, señor. Tampoco puedo ascender más. Ese caza posee mayor techo que nosotros. Tengo que descender.
El caza disparó contra ellos dos pequeños misiles, que no dieron en el blanco porque su avión empezó a caer vertiginosamente. Aquella maniobra les salvó, pero Kremel pensó que el siguiente ataque no iban a correr la misma suerte.

Gerd entró en la cabina y se sentó al lado del piloto. Le miró de soslayo, con las facciones contraídas, aferrado a los mandos.
—Está loco. Nos ataca y no quiere recibir mis mensajes. ¿Qué le pasará a este estúpido?
Kremel no quiso responderle que no se trataba de ningún estúpido, sino que probablemente sabía bien lo que estaba haciendo. Quien tripulase aquel caza debía conocer perfectamente quién iba a bordo del avión que atacaba.
Vio al caza describir un amplio y rápido círculo. Regresar hacia ellos. El piloto no podía despegarse de él. El reactor era demasiado lento comparado con el avión de combate.
Cuando Kremel miró a través de los cristales no vio al caza. Pero unos segundos más tarde un huracán de plomo atravesó la cabina. El piloto cayó hacia un lado sin lanzar un quejido, con el cuerpo atravesado y sangrando. Los cristales habían saltado en pedazos y varias secciones de los paneles de mandos estaban destrozados.
El reactor empezó a caer hacia las arenas.
Kremel tomó los mandos que tenía delante y trató de enderezar la vertiginosa caída. Sobre él, el caza seguía describiendo círculos. Si tomaba el paracaídas y saltaba lo más seguro es que durante unos minutos ofreciese un blanco perfecto para el caza. No llegaría vivo sobre las calientes arenas del desierto.
Tiró del volante y sintió un frío sudor cuando el avión no le respondió. Las dunas seguían ascendiendo velozmente hacia él.
Apenas debía encontrarse a un centenar de metros cuando los alerones respondieron y el avión recobró algo de horizontalidad. Entonces apagó los reactores. Enfiló sobre unas dunas y cerró los ojos.
Gerd perdió el sentido. Pero sólo debió ser por un minuto o menos. Cuando abrió los ojos se golpeó el cinturón y se vio libre. La aguda proa del destrozado avión casi se había enterrado en una duna que había amortiguado la caída.
Retrocedió y abrió de una patada la puerta lateral del avión. Por la arruinada cola se filtraban montones de arena.
Cayó sobre la caliente duna y corrió, alejándose de los restos del aparato. Escuchó el agudo silbido del caza sobre él. Se arrojó de cabeza dentro de una hendidura y se cubrió la cabeza con las manos.
Sobrevino una enorme explosión. Luego escuchó que el caza se alejaba. Al levantarse vio una columna de humo que se alzaba en el sitio donde había caído el reactor.
El piloto del caza quería asegurarse que los ocupantes estaban muertos. Indudablemente no le había visto salir de los restos del reactor.
De rodillas, quedóse unos instantes observando cómo el caza se

alejaba, hasta que se esfumó por el horizonte en dirección norte.
Kremel registró sus bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos. Todos estaban arrugados, enderezó uno y lo encendió.
Entonces consideró su situación.
Estaba perdido en el desierto, seguramente a unos cuatrocientos kilómetros de Nortaf. Por lo tanto, en un radio de doscientos no había nada ni nadie que pudiera socorrerle. Y no tenía ni la más remota idea de dónde podía haber un oasis cercano. Tampoco, en qué dirección.
El reactor seguía ardiendo. Observó la negra columna de humo. En una hora o dos desaparecería. Era lo único que podía llamar la atención de alguna expedición en el desierto o algún avión que volase cerca. Pero aquella zona no era frecuentada por la aviación comercial. Sencillamente, estaba demasiado cerca de la Fortaleza, la cual quedaba a casi quinientos kilómetros al sur.
Quien planeó el ataque sabía cuál era el punto donde debía abatirle.
Exactamente a medio camino entre los dos puntos civilizados: Nortaf y la Fortaleza.
Y allí estaba él, sin una gota de agua. Pronto llegaría la noche y el frío del desierto se abatiría sobre las aún calientes arenas.
Buscó la protectora sombra que le daba una alta duna y se sentó. No tenía la menor intención de alejarse de los restos del avión. ¿Para qué? En aquellas condiciones no avanzaría por el desierto ni veinte kilómetros.
Al día siguiente, al anochecer, estaría tan deshidratado que no sería capaz de dar un paso.
Sonrió con sarcasmo al pensar que pronto el Autarca tendría que buscarle un sustituto. El nuevo jefe de SSM había durado muy poco.
Una hora más tarde empezó a anochecer y llegó el frío.
Kremel caminó hasta los restos calcinados del avión. Más allá estaba parte de un ala y del timón. Desechó los plásticos y' aluminios y encontró algunas maderas.
Poco después tenía encendida, una fogata y al lado un pequeño montón de astillas. El fuego no duraría toda la noche, pero algo le aliviaría.
Se quedó adormilado. Despertó una vez y echó el resto de la madera. Cerró los ojos de nuevo, procurando olvidarse de la sed que ya comenzaba a atormentarle.
Tuvo pesadillas y soñó con el Autarca. El viejo tirano caminaba alrededor de él, imprecándole. Le maldecía constantemente y él se arrastraba en medio de la calle. Las aceras estaban llenas de gentes que se reían. El Autarca empezó a darle puntapiés.
Entonces despertó.
Efectivamente, alguien le golpeaba. Se restregó los ojos y sintió frío. La hoguera estaba apagada y el sol enviaba sus primeros rayos.

Varias figuras cubiertas de ropajes marrones y grises le rodeaban. Eran más de veinte. Algunos estaban armados, pero no le apuntaban. Lejos, a unos cien metros, se divisaba una hilera de vehículos orugas.
Algunos hombres sostenían lámparas portátiles. Cuando le vieron despertar dirigieron los haces hacia su rostro. Kremel parpadeó y se levantó.
—¿Quiénes sois? —preguntó—. Demonios, me estáis deslumbrando.
—En cambio tú no necesitas presentarte —dijo una voz atiplada desde detrás de su embozo.
Kremel sólo pudo vede por un instante unos ojos negros, muy grandes. Era una mujer. Llevaba una pistola grande enfundada, pendiente de su cinturón.
—¿Sabéis quién soy? —inquirió Kremel, satisfecho porque las luces dejaron de enfocarle.
—Desde luego. Y agradéceme que vivas aún. —Señaló a los otros—. Estuvieron a punto de volarte los sesos mientras dormías.
Kremel intentó tragar saliva, pero en su garganta no había un átomo de agua. Se abstuvo de pedir una cantimplora. No mientras no supiese en manos de quienes había caído.
—A veces es penoso ser tan popular —masculló.
—No podemos llevarlo con nosotros, Ogenda —dijo una voz masculina.
—Se trata del coronel Gerd Kremel, el segundo jefe de SSM —replicó la mujer llamada Ogenda—. ¿Eres tan tonto que no has pensado que su amo Doc Lawford se pondrá nervioso cuando sepa que henos capturado a su siervo?
—¡Claro que he pensado eso! —estalló el hombre—. Pero nosotros no podemos arriesgamos llevándolo a... —vaciló y concluyó—: a nuestro destino.
La mujer produjo un revuelo de ropas y se volvió hacia él. —Escucha, Kramer, estoy harta de arenas y de ti también.
Nos lo llevaremos. Tomaremos precauciones, por supuesto.
Kramer soltó un gruñido.
—Como quieras. Tú mandas en la expedición. Pero si intenta jugárnosla o vemos alguna patrulla, le abro la cabeza de un tiro.
Ogenda asintió con un movimiento de cabeza.
Sólo entonces Kremel se atrevió a pedir agua. La mujer le arrojó una cantimplora.
Cuando sació su sed, sintió que le tomaban las manos, se las colocaban detrás y unas finas cuerdas de plástico las ataron fuertemente.
Luego le empujaron hasta los vehículos.

* * *

La caravana no avanzaba muy rápida.
Kremel comprendió que usaban senderos apartados y buscaban las quebradas. Sólo podía ser descubierta desde el aire y eso lo sabían sus conductores. Además, los vehículos estaban pintados del mismo color de la arena y cuando se detenían eran tapados con lonas que lo fundían con el paisaje.
Al anochecer acamparon al pie de unos montes.
Sacaron a Kremel del vehículo y lo arrojaron al suelo.
Desde allí vio que sacaban comida fría. Ni siquiera encenderían fuegos.
Ogenda se acercó. Llevaba la capa echada hacia atrás y Kremel apreció que se trataba de una mujer esbelta y su rostro moreno resultaba muy atractivo. Se inclinó sobre él y lo desató.
Sonriendo, dijo:
—Confío que no seas tan estúpido como para intentar una estupidez. No llegarías muy lejos.
Kremel asintió.
—Lo sé. No te inquietes.
—Quien debería estar inquieto eres tú —rió ella, entregándole una bandeja pequeña con unos emparedados y una botella de agua.
Gerd comió con apetito y bebió con avidez. No había probada bocado desde hacía casi dos días y el agua que le dieron cuando fue encontrado hacía tiempo que la había sudado.
Notó que Ogenda le miraba fijamente. Se encontraba mejor y hasta emitió una pequeña sonrisa.
—Aún no me has preguntado quiénes somos y adónde vamos —preguntó ella sentándose a su lado. Le ofreció cigarrillos, que Kremel tomó con satisfacción.
—¿Acaso iba a responder a mis preguntas?
—¡Claro que no! Pero hubiera sido lo lógico, ¿no? En cambio yo rabio por preguntarte qué te ha pasado para encontrarte en semejante situación.
—Derribaron mi avión.
Ella puso gesto de extrañeza. —Nosotros no disponemos de aviones.
Kremel sintió ganas de reír.
—¿Crees que no tengo otra clase de enemigos excepto vosotros?
—Deben ser enemigos poderosos, que disponen de aviones particulares de combate.
—Era un caza de la aviación del Autarca.
—¿Qué le has hecho al Autarca, que dispuso eliminarte?
Kremel se mordió los labios. La muerte de Doc no había sido hecha pública. Por lo tanto, no podía decirle que el día antes el Autarca le había nombrado jefe de SSM, por lo que había que descartar le como presunto promotor del atentado.

Claro que en el museo habían estado muchas gentes, que aunque no todas supiesen quién era el muerto, algunas sacarían conclusiones y los rumores se extenderían rápidamente por todas partes.
Pero los componentes de la caravana llevaban varios días en el desierto, aislados del mundo, y no podían estar al tanto de las noticias y mucho menos de los rumores.
—Quien ordenó mi muerte no ha podido ser el Autarca, sino alguien con ambición, que pretende robarme mi puesto.
Ogenda le miró unos instantes.
—Me alegro de haber impedido que Kramer y los otros te matasen, Gerd Kremel —dijo con satisfacción—. Hubiera supuesto una pérdida irreparable tu muerte. Te necesitamos.
Gerd la miró sorprendido.
—¿Qué dices?
Ella soltó una carcajada y algunos hombres se volvieron para mirarles. Pero en seguida volvieron a seguir devorando sus raciones.
Ogenda se levantó, puso las manos en jarra y dijo en voz baja, para que sólo él la oyese:
—No puedo decirles nada, porque no todos nosotros podemos estar al tanto del plan. Pero ante quienes te llevaré se pondrán muy contentos de verte. Seguro.

* * *

Cormeran detuvo su auto justamente en la mayor altura del puente elevado que cruzaba la bahía. Hacía aquella noche un poco de niebla y el hombre que surgió de ella titubeó un instante antes de acercársele.
—¿Comandante? —susurró.
—Phil, teniente Phil. Estamos solos. Dígame qué pasó.
El otro se estremeció ante la humedad del Mediterráneo y miró hacia atrás. Por el puente no pasaba ningún coche. Al otro lado, la gran avenida estaba sumida en la niebla.
—El piloto consiguió aterrizar en el desierto —dijo el teniente, cubriéndose con su gabardina. Estaba encogido y su voz temblaba ligeramente—. Pero le lancé un misil. Si había alguien vivo murió achicharrado.
—Me ha prestado un gran servicio, teniente —sonrió Cormeran.
—Confieso que estoy asustado, comandante. ¿Por qué no me dijo que el coronel Kremel iba en ese avión?
—¿Cómo se ha enterado?
—En la base están alarmados ante la tardanza del avión
que llevó al coronel a la Fortaleza. Están saliendo unidades a rastrear el desierto.
—¿Qué importa un hombre u otro? —mascculló Cormeran—. ¿Es que

se arrepiente ahora?
Phil apretó los dientes.
—Me prometió un dinero por abatir un avión, pero nunca habría aceptado esa cantidad si hubiera sabido que se trataba de Gerd Kremel.
—Entiendo —asintió Cormeran—. Es lógico que pretenda más dinero. Venía preparado, teniente.
—Bueno, yo ... —empezó a decir Phil. Observó con ansiedad cómo el comandante empezaba a abrir el maletín que había estado sosteniendo con la mano derecha.
Los ojos del teniente se abrieron desmesuradamente cuando en lugar de un fajo de billetes vio en la mano izquierda de Cormeran una pistola.
El silenciador del arma ahogó los tres disparos seguidos. Rápidamente, Cormeran guardó el arma y dejó caer el maletín totalmente vacío sobre el pavimento. Tomó al teniente por los sobacos antes que se derrumbase. Ló alzó sobre el petril del puente y lo arrojó al agua.
Antes que se escuchase el chapoteo entraba en su coche y lo ponía en marcha.
Dejó atrás el largo y desierto puente con una sonrisa de satisfacción en los labios.

CAPÍTULO VII

Kremel sabía que el desierto estaba terminando. O al menos, el paisaje cambiaba. Había notado que unas veces habían viajado hacia el oeste, luego cambiaban hacia el norte y de nuevo regresaban al oeste. Pero siempre terminaban avanzando en dirección norte.
Uno de los dos hombres que viajaban con él en la parte trasera del camión, sentados sobre bultos de madera y fardos sujetos con flejes, a una indicación de Ogenda desde la cabina de mando, sacó un pañuelo negro y vendó lo ojos de Kremel. El otro volvió a atarle las manos a la espalda.
Una hora después, Kremel adivinó que habían entrado en una carretera. Los vehículos dejaron de dar saltos y aceleraron la marcha.
Se detuvieron tiempo después, tal vez al cabo de casi dos horas. Los sonidos retumbaban en altas paredes, indicando que habían entrado en una estancia amplia.
Los dos mismos hombres le ayudaron a bajar y le condujeron por un pavimento duro, de rocas ásperas.
Estuvieron caminando largo rato, girando de un lado hacia otro. Kremel terminó totalmente desorientado.
Escuchó que abrían una puerta, le empujaron a su interior y luego la

oyó cerrarse secamente. Retrocedió hasta la pared y se dejó caer, sentándose en un suelo suave, como alfombrado.
Allí permaneció unas interminables horas, hasta que escuchó ruidos en la dirección opuesta a la que le habían introducido.
A pesar del pañuelo negro sus ojos percibieron que unas luces se habían encendido. Oyó pasos y sintió unas manos en su nuca. Le quitaron la venda. Otras manos le alzaron y sintió el frío de un acero rozar sus muñecas al cortar las cuerdas.
Parpadeó varias veces hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz. Cuando lo consiguió vio primero a Ogenda. Desprovista de las burdas ropas para el desierto, vestía unos shorts y blusa semi transparente. Detrás de ella había otro hombre de color. El tercero permanecía sentado detrás de una mesa. No pudo vede el rostro porque lo mantenía dentro de la oscuridad.
—Señor Kremel, usted no se ha portado bien conmigo —le dijo Ogenda—. Debió ser más sincero conmigo, corresponder debidamente a mi hospitalidad.
Kremel se acarició las doloridas muñecas y miró confuso a Ogenda. El hombre de color se adelantó y dijo:
—Mi hermanita se refiere a que le ocultó el día y pico que duró el viaje que Doc había muerto y usted había sido nombrado jefe de SSM por el propio Autarca.
Después de sonreír ligeramente, Kremel dijo:
— Vaya, mis salvadores han dejado de tutearme. La vuelta a la civilización les ha devuelto las formalidades. ¿Puedo saber dónde estoy? —movió la cabeza—. Soy un estúpido. Estáis jugando a las sociedades secretas y la guarida debe mantenerse en el anonimato. ¿Tal vez en la alcantarillas de Nortaf?
—Estamos aún muy lejos de Nortaf, coronel —dijo el hombre sumido en las sombras.
Krernel aguzó la vista, tratando de verle la cara.
—Usted debe ser el jefe de esta secta, al parecer. Tiene que ser alguien importante para no mostrarse a la luz. ¿Es que aún tiene miedo de mí pese a que estoy a su merced?
El hombre se levantó de la silla y avanzó hacia la zona iluminada.
—No debe hacer eso, señor —protestó el hombre de color.
—Es igual, Obondo —replicó poniéndose apenas a tres pasos de Gerd.
—Jeremías Lash, el director del museo Aeroespacial... —musitó el coronel.
—Exacto, coronel. ¿Qué hizo con mi hija? Hoy hace tres días que usted la mandó llamar a la sede. Nos es muy importante, pero le juro que le mataré yo mismo si a ella le ocurre algo. La vida de ella, pese a todo, es más valiosa para nuestra causa.

Y ante la sorpresa de Kremel, Ogenda añadió:
—Que también, aunque le pese, es su causa, Kremel.

* * *

Era la primera vez que Cormeran se enfrentaba directamente al Autarca y temía que pese a los tranquilizantes que había ingerido no fuese capaz de mantenerse sereno.
Había sido un día muy ajetreado. Los aviones y helicópteros que rastrearon el desierto regresaron con la noticia de haber encontrado los restos del reactor de Gerd Kremel. Habían encontrado restos humanos calcinados, pero sería imposible deducir si pertenecían a dos personas. Mucho menos se podría aclarar la identidad de ellos.
Pero no había duda alguna que se trataba del avión que buscaban.
El Autarca estuvo informado al minuto de las investigaciones. Cormeran, apenas regresó a la sede después de su entrevista con el piloto, encontró una nota sobre su despacho. Kem Hill le nombraba jefe provisional de SSM.
Jefe provisional, repitió Cormeran estrujando la nota. Había esperado el nombramiento definitivo. Un ordenanza le avisó entonces que debía trasladarse a la sala privada de comunicaciones. Era la que usaba Doc Lawford para sus entrevistas con el Autarca cuando las realizaba desde la sede. Todo el mundo sabía que normalmente solía hacerla en su casa privada.
Cormeran conocía las costumbres de Kem Hill. Hablaría con él pero no le vería. En cambio, el Autarca estaría escrutando sus reacciones todo el tiempo que durase la comunicación.
Ante todo, el Autarca le preguntó si ya sabían cómo fue abatido el reactor que conducía de regreso a Nortaf al nuevo jefe de SSM.
—Fue un caza de la base de Malta, señor. Está comprobado. El piloto utilizó misiles. Desapareció y hasta ahora no ha podido ser localizado. Presumo que puede tratarse de un paranormal.
—¿Un paranormal infiltrado en mis fuerzas aéreas? —preguntó el Autarca, rugiente—. ¿No podría estar comprado por esos mutantes?
—Es posible, Excelencia.
—Usted es ahora el nuevo jefe de SSM, comandante. En sus manos está conservarlo y alcanzar el grado de coronel. Quiero que detenga a esos traidores, que descubra quiénes mataron a Doc Lawford y ahora a Gerd Kremel. A Gerd le di hace unas horas un plazo de un año para que capturase a un montón de paranormales. A usted sólo le doy un mes.
—Creo que podrá cumplir con sus órdenes, Excelencia.
Tengo algunas pistas.
—Dígame cuáles son.
Cormeran hubiera preferido referirse a eso más adelante, cuando las

investigaciones hubiesen estado más adelantadas. Pero ante el Autarca no podía reservarse nada.
—El coronel Kremel hizo traer a una tal Shenta Lash a la sede para interrogarla, supongo. No tuvo tiempo de hacerlo porque su Excelencia lo hizo ir a la Fortaleza, según tengo entenddido.
—¿Shenta Lash? ¿Quién es y qué hizo para que Kremel la detuviese?
—No la detuvo, señor. Es la hija del director del Museo Aeroespacial. Antes de marcharse, Kremel ordenó que se la tratase con toda consideración. Pero yo sospecho que él la consideraba como una pieza valiosa para llegar hasta las gentes que están detrás de esa pareja que mató a Doc en el museo. Sospecho que pueda tratarse de una paranormal.
—¿Lo sospecha y aún no ha detenido al padre? Comandante, sabe muy bien que los hijos heredan poderes paranormales de sus padres. ¿Cómo se llama ese director?
—Jeremías Lash. Envié a unos agentes al museo hace unas horas, pero me comunicaron que el director se había ausentado, que debía estar en Nortaf. El director suplente añadió que estaba muy nervioso por la ausencia de su hija y quería ir a la sede de SSM a interesarse por ella.
—¿Sabe si ha estado ya en la sede?
—Sólo llamó, señor. Pero eso fue ayer.
—Entonces interrogue a la sospechosa. Use los medios precisos.
—No lo había hecho hasta ahora porque concernía su presencia aquí al coronel Kremel, señor.
—¡Ahora es usted quien manda, comandante! Avise a los doctores y que la examinen. Un paranormal no puede evitar ser reconocido por medios de exploración encefálica. Si el resultado es positivo debe enviármela inmediatamente.
—¿Enviársela a la Fortaleza, señor? —repitió Cormeran asombrado —. Sugiero que debería permanecer aquí y...
—No me contradiga, comandante. Póngase en contacto conmigo siempre que sepa algo nuevo, desde la sede o la casa de Doc, que desde ahora quiero que ocupe —la voz del Autarca seguía manifestándose alterada—. El asunto es más grave de lo que parecía al principio, Cormeran. Los paranormales están bien organizados y posiblemente ocupen puestos de responsabilidad en mi Estado. Tenemos que desenmascararlos cuanto antes.
—Lo intentaremos, señor.
Se escuchó un gruñido en el transmisor y Kem Hill añadió: —Por desgracia ahora será más difícil. Hemos perdido una buena baza con la muerte de Gerd. El representaba un montón de años de trabajo para llegar a los paranormales. Con su desaparición hemos retrocedido mucho.

—Confíe en mí, señor. Yo puedo ser tan eficaz como pudo haberlo sido Kremel.
—No es eso, comandante. Con Kremel al frente de SSM al final habrían caído todos esos cobardes traidores y su organización secreta.
Cormeran sintió irritación. Por un momento olvidó que el Autarca le observaba. Escuchó una risita y luego:
—No se ofenda, Cormeran —dijo Kem Hill—. Es lógico que se extrañe. Sólo yo sabía que Kremel era vigilado por mí desde hace años, desde que ingresó en la academia y luego luchó contra los rebeldes de Madagascar. Es hora que sepa por qué Kremel pasó por encima de usted para llegar a ser el segundo jefe de SSM, y estaba previsto que fuera el amo absoluto. Porque Kremel debía descubrir a los paranormales, lo habría hecho el día que empezase a usar sus poderes.
Ahora el Autarca soltó una carcajada. Debía estar muy divertido ante la expresión de asombro de Cormeran. Dijo:
—Sí, es lo que piensa. Kremel era un paranormal. Pero él lo ignoraba.

* * *

Ogenda tomó a Gerd del brazo y lo condujo hasta una ventana. Hizo correr las cortinas y se apartó.
—Estamos en Nortaf. Me mintieron —dijo Gerd.
—¿Qué ve al fondo de la ciudad, Kremel? —preguntó el viejo Lash desde el fondo de la estancia.
—La sede —sonrió Kremel—. La conozco bien aunque sea de noche y la niebla medio la oculte.
El gigantesco negro se aproximó a la ventana.
—Así es. Allí está Shenta.
—Lo imagino —replicó Gerd frunciendo el ceño.
—¿Por qué la llamó, Kremel? —preguntó Jeremías—. ¿Sospechaba de ella? ¿La creía implicada en la muerte de Doc Lawford?
Gerd negó con la cabeza, apartándosa de la ventana. —Quería hablar con ella. Y entonces pensé que la única forma era obligándola a ir a la sede —sonrió forzadamente—. Lo siento, pero lo que les voy a decir parecerá ridículo. Desde que la vi no he podido apartarla de mi mente.
Los dos hermanos y el viejo cruzaron miradas y Ogenda ocultó con su mano una sonrisa.
—¡Es cierto! —exclamó Gerd—. Toda ella me atraía. Me atrajo desde la noche en que la vi en los barrios de Nortaf, huyendo de un soldado de SSM.
Jeremías se plantó delante de Gerd, con el rostro crispado.
—¿Quiere decir que la vio cuando ella fue allí a avisar a nuestros amigos de la redada que el SSM tenía proyectada hacer?

—Sí. Yo la oculté en un zaguán y luego alejé a los soldados. Desde entonces me he hecho mil preguntas. Mi deber hubiera sido entregarla.
—Ella tampoco me contó su encuentro con usted —murmuró el viejo —. Tal vez lo hizo para no inquietarme más. Los Orsini escucharon en el aeropuerto a unos oficiales de SSM que se iba a llevar a cabo la redada y nos avisaron. Shenta voló a la ciudad a avisar a nuestros amigos y éstos pusieron en aviso también a los mutantes. Pero muchos fueron hechos prisioneros y varios murieron cuando intentaban escapar. No podían dejarse coger vivos.
»Los Orsini se quedaron aquella noche en la ciudad petrolífera. A la mañana siguiente. Shenta les dijo que debían irse, que el jefe Doc Lawford estaba en el museo. Ella temía una inminente llegada de cientos de soldados. Pero los Orsini, en lugar de regresar a Nortaf, fueron al museo e intentaron secuestrar a Doc con la pretensión de exigir la puesta en libertad de los mutantes apresados.
—Fueron unos locos —dijo Obondo—. Entre nosotros no se pueden tomar decisiones aisladas. Tenemos que trabajar en grupo o estamos perdidos.
—¿Quiénes son ustedes realmente y qué pretenden? —preguntó Gerd.
—Por el momento podemos decirle lo que queremos —intervino Ogenda—. Shenta está en la sede y debemos sacarla de allí antes que sepan quién es.
Gerd soltó una carcajada.
—Están chiflados. La sede es tan inviolable como la misma Fortaleza del Autarca. Además, su identidad la conoce todo el mundo. Nadie se atreverá a tocarla. Yo ordené que que la respetasen y recalqué que no estaba detenida.
—Pero tú no eres ahora el jefe de SSM, Kremel. Cormeran ocupa tu puesto y debe saber que la presencia de Shenta en la sede puede significar algo.
—¿Por qué tiene que llegar a esa conclusión?
—Porque hace unas horas envió a por mí al museo, Kremel —dijo el viejo—. Afortunadamente me marché poco antes para venir aquí, donde me esperaba Obondo.
—Shenta está en peligro —dijo el negro—. Cormeran acaba de darle un plazo de una hora para que hable. Si se niega utilizará con ella drogas y torturas. Luego la entregará a los doctores para que certifiquen si es o no paranormal.
Gerd adelantó las manos y movió la cabeza.
—Un momento. ¿Cómo pueden saber eso?
—Estoy continuamente en contacto con ella, Gerd —dijo gravemente Obondo—. En contacto telepático.

El coronel abrió la boca. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Había sido un estúpido. Se lo habían estado diciendo y él no se había dado cuenta.
—Todos ustedes son paranormales —musitó.
—Exacto, Kremel —asintió el viejo—. No nos importa que lo sepa. Es más, nos alegramos de que esté ya al corriente.
Gerd se encogió de hombros, mostrando resignación.
—Comprendo. Conociendo sus secretos no saldré con vida de aquí.
—No es así. Usted no dirá nada.
—¿Es que confiarán en mí? —rió Gerd—. Además, creo que están locos.
Obondo se puso delante suyo y puso sus dedos en las sienes de Gerd. El coronel le miró fijamente. Desapareció en él cualquier signo de inquietud y se relajó. Obondo estaba muy serio y parecía querer taladrarle con su negra mirada.
—Le convenceremos, Kremel —dijo el viejo sentándose detrás de la mesa—. Obondo le pondrá en comunicación mental con mi hija. Usted mismo puede decirle que confíe en nosotros, que esta misma noche la sacaremos de la sede.
—Siguen pareciéndome unos locos —murmuró Kremel experimentando una extraña sensación—. Nadie puede entrar en la sede sin ser invitado.
—Nada de eso. Usted nos facilitará el acceso. El resto correrá de nuestra cuenta.
— Yo nunca les ayudaré. ¿Por qué piensan que voy a colaborar con sus locuras?
—Porque usted es uno de los nuestros, Gerd Kremel —dijo el viejo.
Gerd cerró los ojos. Aunque quiso, no pudo responder a Jeremías. Estaba en otro lado, cruzando el abismo que le separaba de la sede, cruzando sus muros y tabiques, pasando por delante de centinelas aburridos y funcionarios atareados.
De la mano de Obondo llegó hasta Shenta. Penetró en ella y le habló.
Cuando sintió su cálida recepción, Obondo se retiró.
—Te veré pronto, Shenta —empezó a decir Gerd.

CAPÍTULO VIII

Al despedirse de él, Jeremías Lash le dijo:
—No disponemos de mucho tiempo. Las cosas se han precipitado. Kem Hill comenzó su plan hace tiempo, pensando que nosotros no estábamos organizados. Ahora empieza a sospechar que los mutantes paranormales no hemos desaprovechado estos últimos treinta años. Sabemos que está desesperado, que desea capturamos porque cree que nosotros podemos decirle cómo usar su mente para

poder dominar la enfermedad que está in movilizando su cuerpo.
—Eso me dijo. ¿No es cierto? —había preguntado Gerd. Jeremías negó con la cabeza.
—No. Las radiaciones ocasionadas por las guerras produjeron monstruos al mismo tiempo que desarrollaron las mentes de los fetos que se gestaban. No todos tuvimos la misma suerte. Se empezó a conformar una nueva raza, minoritaria aún. Los normales son demasiados y nunca nos aceptarán. Para salvarnos tenemos que salir de la Tierra.
—Eso es lo que desea también Kem Hill: alcanzar las estrellas.
—Actualmente es imposible por medio de los usos convencionales. Se tardará aún casi medio siglo antes que consiga una nave capaz de llevar a las estrellas al Autarca.
Gerd asintió y estrechó la mano de Jeremías. Recibió los más íntimos deseos del anciano de alcanzar un éxito en la misión que iba a emprender.
Los vehículos se pusieron en marcha en dirección a la sede. Al lado de Gerd estaba Ogenda, que en silencio miraba hacia la carretera.
Gerd pensó que Kem Hill vivía sostenido por la falsa esperanza que los paranormales podían derribar lo que él llamaba barrera mental y convertirse en uno de ellos. ¿Qué haría el Autarca cuando comprendiese que las afirmaciones de sus hombres de ciencia eran erróneas?
El resto de los coches se quedó atrás. Ogenda le había dicho que ella condujo la caravana a través del desierto hasta Nortaf desde el museo. Cuando Gerd le preguntó qué había en el museo, ella rió y replicó que ya lo vería.
El coche frenó delante de la entrada de la sede. Los soldados se acercaron y el oficial se asomó por la ventanilla, proyectando la luz de su linterna sobre el interior.
Gerd vestía su uniforme de coronel azul y negro. Se lo habían llevado al refugio secreto sin que él lo solicitase. Jeremías confesó que envió a un ayudante a su apartamento privado a buscarlo. Estaba seguro que iba a necesitarlo.
El oficial le miró sorprendido al identificarse.
—Coronel... ¡Señor, yo creí que...! —exclamó retrocediendo.
—Sí, lo comprendo. Me suponían muerto, ¿no? —sonrió Gerd.
—Esa es la noticia que corre, señor. Quiero decir, el rumor —tartamudeó el oficial. Los demás soldados se habían arremolinado junto a él.
—Bien, teniente. Ahora déjenos pasar. El oficial titubeó.
—Señor, tengo que llamar al edificio. Compréndalo. Es lo normal —carraspeó y añadió turbado—. Estando dentro el actual jefe... Me refiero al comandante Cormeran.

Gerd aún no tenía mucha práctica. Su barrera mental aún no había sido derribada y no confiaba en sus incipientes poderes mentales para comunicarse con el resto de los hombres que le seguían. Pero para eso estaba junto a él Ogenda. La chica entornó los párpados y él supo que estaba dando instrucciones.
De la parte trasera del vehículo salieron dos hombres. Antes que pusieran sus pies en el suelo hicieron funcionar sus armas. Gerd contempló enmudecido cómo los láseres derribaban a los soldados que custodiaban la entrada.
—Es una sorpresa —dijo—. No sabía que hubiesen perfeccionado estas armas hasta el extremo de hacerlas portátiles. El Autarca no cesa de instar a sus científicos para lograrlo.
—Disponemos de ellas hace tiempo, aunque no en cantidad. ¿Qué debemos hacer ahora?
—Enviar al edificio la clave que les di. Eso impedirá que los demás puestos de vigilancia nos intercepten.
Ogenda habló mentalmente con uno de los hombres, que corrió a la cabina y habló por el interfono. Luego, el coche se puso en marcha. En seguida surgieron de las sombras varios más que se les unieron.
La chica conducía y tomó el volante con una sola mano.
La otra deslizó hacia Gerd una extraña pistola, diciendo: —Es tu láser, Gerd. Sólo tienes que apretar el botón rojo. Ten cuidado con él. Son más silenciosos que las armas de fuego y nos serán muy útiles.
Gerd había estado en comunicación con Shenta unos instantes, hasta que ésta cortó la comunicación que Cormeran estaba entrando en la estancia que ella ocupaba.
A partir de entonces, Gerd no sabía la suerte que había corrido la chica.
Gerd estaba un poco sorprendido. Siempre había pensado que la sede de SSM era un reducto infranqueable. Ahora estaban entrando en sus jardines. Todo parecía resultar demasiado fácil. Vio una patrulla llegar en dirección contraria. Eran unos soldados a pie. Miraron los vehículos con indiferencia, confiados.

* * *

—Si la entrego a los médicos me la devolverán convertida en un vegetal, señorita Lash —dijo Cormeran, mirando con altivez a Shenta.
—Me temo que se extralimita en sus cometidos, comandante —replicó Shenta. Sabía que debía ganar tiempo, ya que conocía la inminencia del ataque.
Recordó con dulzura su conversación con Gerd. Obondo había hecho las presentaciones y luego se había retirado. Fue un diálogo muy especial el que sostuvo con el hasta entonces temido jefe de SSM.
El trallazo de la fusta de Cormeran sobre la mesa la sacó de sus

pensamientos.
—¡Las drogas han fallado con usted y no estoy dispuesto a perder más tiempo! Tengo que comunicar antes de medianoche al Autarca el resultado de este interrogatorio. Si no es así, en los sótanos de este edificio espera impaciente un equipo médico que me dirá si es usted o no una mutante paranormal.
Altiva, Shenta alzó la cabeza.
—De acuerdo. Contacte con el Autarca y le diré a él directamente lo que desee saber.
—Eso no puede ser. Nadie puede hablar con el Autarca.
—¿Tampoco usted? —preguntó Shenta con sorna.
—Si intenta burlarse...
—De ninguna forma. Sé lo que me espera. No negaré que soy una paranormal, pero quiero hablar con el Autarca.
—¿Con qué fin?
—Convencerle de que no somos un peligro para su régimen, que incluso estamos dispuestos a colaborar con él SI nos garantiza inmunidad.
Cormeran entornó los ojos. Pensó que si no accedía, la chica podía volver a encerrarse en su terquedad. Entonces no tendría otra alternativa que entregarla a los médicos. Y éstos, al final de la investigación, certificarían que la paciente poseía una mente paranormal. Y también, posiblemente, la chica quedaría convertida en una idiota. Sabía cómo actuaban los médicos de la sede cuando caía en sus manos un presunto paranormal.
—Está bien. Diré que conecten con la Fortaleza y nos envíen aquí la línea —dijo Cormeran señalando el comunicador situado detrás de la mesa de su despacho, estancia que había pertenecido apenas por unas horas a Kremel y anteriormente a Doc Lawford.
Apenas movió el conmutador para comunicarse con la sala de operadores, cuando una voz chillona le aturdió:
—Llevamos... intentando decirle que están atacando la sede, señor. ¡No podemos enviar un mensajero porque están dominando esa planta! Comandante, insistimos una vez más, si nos escucha...
Cormeran quedó aturdido. Entonces recordó que había ordenado que no se le molestase, excepto si el Autarca le llamaba. Incluso había bloqueado la entrada de su despacho para que la guardia exterior no le interrumpiese.
—¿Qué están diciendo? ¿Quién puede atacamos? —preguntó.
La voz jadeó. Entonces apareció un rostro desencajado sobre una pequeña pantalla. Pareció mirarle, asegurarse que el comandante por fin le escuchaba. Detrás del operador se movían otros técnicos, como si quisieran huir de la sala.
—Señor, han cortado toda clase de comunicación con el exterior. Las

antenas fueron derribadas y una enorme interferencia anula otros medios posibles de... ¡Señor, están atacando la entrada con explosivos!
—¡Póngame con el Autarca, pidan ayuda! —aulló Cormeran.
—¡Es imposible! Sólo quería avisarle. Están acabando con todos. Usan láseres, señor, y... ¡Al diablo con todo! Yo me largo.
La imagen se deslizó fuera de la pantalla. En aquel momento entraron en el campo visual unos hombres vestidos de negro que portaban extrañas armas. Uno descubrió el videófono y disparó.
Cormeran hizo un intento de dirigirse a la salida, pero se detuvo. La puerta era hermética, pero tenía un visor especial. Al mirar por él alcanzó a ver a los hombres apostados delante que caían destrozados bajo los rayos de los láseres que manejaban los asaltantes.
Entonces echó los cierres supletorios y agarró a Shenta por una mano. La chica aún tenía residuos de drogas en su cuerpo y se encontraba algo débil. Hizo resistencia y él la golpeó en la cabeza con la culata de su pistola. La arrastró hasta un panel, que se deslizó hacia un lado al apretar un dispositivo.
Cormeran entró en una estancia oscura, encendió la luz y desde allí cerró la entrada. Luego entraron en un pequeño ascensor. Pulsó el botón y la cabina se hundió rápidamente.
Afortunadamente conocía aquel pasadizo, aunque sólo desde aquel día, pensó Cormeran sosteniendo a la desvanecida chica. Cuando el ascensor se detuvo, arrastró a Shenta hasta el asiento posterior por un pequeño vehículo descubierto. Había otros dos detrás y por un momento se preguntó para qué quería tantos, mejor dicho para qué los había querido, Doc Lawford.
Al personarse de la jefatura de SSM, una tarjeta codificada había sido entregada mediante una presentación oficial junto con su nombramiento. Allí se le explicaba que podía tomar posesión de la residencia privada de Doc, a la cual podía llegarse mediante un túnel subterráneo desde la sede. Aquel camino sólo lo conocían los jefes.
Puso en marcha el reducido vehículo a través del túnel. A medida que avanzaba por él, las luces se iban encendiendo, para apagarse detrás. En la residencia de Doc encontraría un videófono conectado directamente con la Fortaleza. Desde allí hablaría al Autarca y pediría que varias compañías especiales de SSM cercasen la Sede. Podrían hacerlo antes de cinco minutos una vez diese la voz de alarma.
Aquel montón de traidores quedarían atrapados.
Cormeran arrugó el ceño. Tenía que decidir si debía llamar primero al Autarca o al cuartel donde estaban las reservas de SSM. ¿Cómo explicar a Kem Hill que la sede había sido asaltada por un puñado de tipos y reducido al personal, funcionarios y soldados? Tal vez mejor sería hacerlo cuando la situación estuviese dominada y los asaltantes

estuviesen muertos o prisioneros.
Seguro que eran todos paranormales. Sonrió, pensando que tenía al alcance de su mano la oportunidad de entregar al Autarca un montón de paranormales. Aquello haría olvidar al Autarca, posiblemente, el desagradable incidente.
Según los datos sólo había diez kilómetros por aquel camino subterráneo hasta la residencia. Leyó los indicativos en las paredes que le advertían que debía reducir la marcha.
Escuchó un gemido detrás suyo. Shenta se estaba despertando. Justo a tiempo, pensó. Ya estaban llegando. Frenó y dejó el vehículo junto a otras dos unidades similares.
Levantó a la chica y la ayudó a caminar hasta la puerta de acero. Localizó el dispositivo de apertura y lo movió. Entró en el despacho de Doc. Lo miró. Había estado otras veces allí, pero nunca sospechó la existencia de la puerta secreta que estaba usando.
La cerró y dejó sobre una butaca a Shenta. Abrió la puerta siguiente. Era la enorme biblioteca, el lugar predilecto de Doc. Observó el sillón de cuero que solía usar el fallecido jefe.
Miró ansiosamente. ¿Dónde estaría la sala de comunicaciones?
Entonces pensó que había una pequeña guardia en la casa. Lo mejor sería avisarla cuanto antes, avisar de su presencia allí. Los soldados no se extrañarían de su llegada. Eran veteranos en la vigilancia de la residencia y debían saber que el nuevo jefe utilizaría los métodos usuales en el anterior jefe.
Localizó sobre una mesa un interfono y pulsó una tecla. La voz del oficial de la puerta le preguntó qué deseaba.
—Soy el comandante Cormeran —dijo tragando saliva—. Le supongo enterado de que ahora soy...
—Sí, señor. Estoy totalmente a sus órdenes. Conozco su nombramiento.
—Quiero saber dónde está el videófono.
—No le entiendo, señor...
Cormeran se mordió los labios. Habíase imaginado que el oficial de servicio sabría dónde estaría la sala privada desde la cual Doc se entrevistaba con el Autarca.
—Es igual. ¿Puede llamar al cuartel y dar la alarma? La sede está siendo atacada por elementos armados y se encuentra imposibilitada de solicitar ayuda. Es preciso que las compañías disponibles acudan allí cuanto antes. Se utilizará el plan A de Alta Emergencia.
El oficial se tomó unos segundos en decir:
—¿Ha llegado usted directamente desde allí, señor? Acabo de entrar de guardia, hace unas dos horas, y no le vi llegar...
—Eso no importa ahora, teniente —rezongó Cormeran—. Le supongo al corriente de ciertas circunstancias al estar de servicio aquí. El jefe

de SSM puede llegar por diversos medios, ¿no es cierto?
—Así es, señor. Pero su orden es muy delicada. Me gustaría que usted mismo ordenase ese despliegue. Será preciso que muestre por videófono su credencial para movilizar las tropas.
—¡Maldita sea, teniente, precisamente estoy buscando un chisme para avisar yo personalmente! Pero no estoy aún familiarizado con todo esto.
—Señor, a la derecha del mueble bar tiene un videófono... Cormeran cerró el contacto de un golpe. Se dirigió hacia el mueble bar y abrió el compartimiento de la derecha. Sonrió aliviado al descubrir el videófono.
Entonces la puerta volvió a cerrarse de golpe. Maldiciendo, intentó abrirla de nuevo. No pudo conseguirlo. Se revolvió furioso al escuchar un ruido de ropas. Vio a Shenta, levantándose trabajosamente de la butaca.
—Maldita cerda... —masculló.
Una figura de bronce saltó de una repisa y voló hacia la cabeza de Cormeran. No llevaba mucha fuerza y pudo apartarla de un manotazo.
— Te mataré —rugió Cormeran sacando la pistola.
Dos pequeñas bailarinas de mármol le golpearon una detrás de otra la mano armada. Chilló y la pistola cayó sobre la alfombra.
Se arrojó sobre ella y la agarró, amartillándola. Al intentar incorporarse, una lluvia de libros fue cayendo sobre él desde los estantes. Cormeran se deslizó entre las butacas de cuero, alejándose de la cascada impresa durante varios siglos.
Notó que algunos objetos más se movían por la habitación, pero éstos se alzaban y caían pronto. El poder de levitar de Shenta iba disminuyendo, pensó sonriendo.
Cuando se decidió a mostrarse detrás de una butaca, vio a Shenta arrodillada, con la cabeza baja y jadeando. No quería matarla, pero si la hería en una pierna conseguiría que le dejase en paz. Muy despacio levantó la pistola hasta la altura de sus ojos y cuidadosamente apuntó.
No llegó a disparar porque al mismo tiempo que la puerta que comunicaba con el despacho se abría, una vívida luz surgió de allí y pasó apenas a un par de centímetros de su cuerpo.
Aunque no fue alcanzado, Cormeran gimió al sentir el aire hervir cerca de él. Soltó la pistola al llevarse las manos a la cara. Vio, estupefacto, que Gerd Kremel entraba en la biblioteca llevando en la diestra una extraña arma.
—Aléjate de ahí, Cormeran —dijo Gerd señalándole un rincón. Luego se agachó hacia Shenta e intentó reanimarla.
Gerd, sin cesar de vigilar a Cormeran, envió una sonda mental a Shenta. No era hábil y debía tener cuidado para no lastimarla, pero tenía que hacer que se recuperase cuanto antes. Había llegado hasta

allí solo cuando entró en la estancia de Cormeran en la sede y al no encontrarlo comprendió que había huido por el pasadizo secreto.
—¿No estás excesivamente tranquilo al verme vivo, Cormeran? —preguntó Gerd notando que Shenta recuperaba sus fuerzas. Mentalmente le dirigió un mensaje de aliento.
—Debí suponer que ese estúpido de piloto no cumpliría con su trabajo.
—Logré salir del avión y alejarme antes que estallase. Luego, unos amigos me encontraron a tiempo.
—Debí suponer que vivías cuando la sede fue sorprendida tan fácilmente. Sólo tú podías conducir a un montón de traidores, indicándoles los puestos de mayor vigilancia. De otra forma es imposible entrar allí.
—No deberías hablar de traidores cuando tú me traicionaste, ordenando mi muerte para ocupar el puesto que siempre ambicionaste.
—Me correspondía a mí, no a ti —gruñó Cormeran—. Siempre te consideré un advenedizo que no merecías la confianza del Autarca. Y no me equivoqué. Tú eres el traidor, Gerd.
—Uno no puede traicionar a quienes nunca han sido los suyos, Cormeran —Gerd tomó a Shenta de una mano y la ayudó a levantarse. Se miraron a los ojos y él sonrió—. ¿Tan imbécil eres que aún no has comprendido que yo soy un mutante?
Cormeran abrió los ojos, movió la cabeza y dijo nervioso: — Te han engañado esos tipos para servirse de ti. Tú eres el imbécil. Pero me alegro de lo que pasa. No serás capaz de decir al Autarca que intenté matarte. Por el contrario, cuando lo sepa me felicitará.
Gerd sonrió torva mente.
—¿Crees que tendrás ocasión de decir algo después de que yo me marche?
Cormeran palideció y sus manos temblaron. Vio que Gerd tenía aferrada a la chica por la cintura y empezaba a caminar hacia atrás.
—No serás capaz de matarme —silabeó.
Se escuchó un zumbido. Procedía de interfono. La voz nerviosa del teniente gritó:
—Señor, he intentado comunicarme con la sede. Ha sido inútil. En vista de lo cual llamé al cuartel e informé. ¿Cómo es que usted aún no ha llamado allí? ¿No encontró el videófono...?
Gerd se distrajo y Cormeran gritó al tiempo que se arrojaba al suelo:
—¡El enemigo está en la biblioteca, teniente! ¡Socorro! Cuando Gerd disparó, el haz mortal atravesó la butaca de cuero, pasando por encima de Cormeran, que ya se arrastraba y alcanzaba su pistola. Kremel entró en el despacho y cerró la puerta. Sobre la madera se estrellaron dos disparos.

—Escúchame, Shenta, y no me discutas: entra ahí y toma un coche. Te llevará directamente a la sede. Tal vez estés allí antes que lleguen las tropas. Que huyan y desaparezcan. Nortaf y los alrededores será algo demasiado peligroso para nosotros.
Ella le miró alarmada.
—¿Qué piensas hacer tú?
Gerd le acarició una mano. Tenía el rostro de ella muy cerca, la tomó por la nuca y la besó.
—Cariño, no pienso perderte. Pero las tropas no saldrán del cuartel mientras Cormeran no les dé la orden personalmente. Tengo que impedir que hable. ¿Lo entiendes?
—Sí, pero no me gusta.
El la empujó y la observó entrar en el pequeño garaje.
Escuchó el motor ponerse en marcha y el zumbido del coche alejarse por el túnel.
—A mí tampoco me gusta —murmuró—. Pero no hay otro remedio, cariño.
Entonces abrió la puerta de un golpe. Apretó el disparador del láser y proyectó su fuego en forma de abanico. Pensó en Doc cuando las obras de arte saltaron en pedazos. Pese a todo, Lawford las había reunido con delicadeza.
Vio caer de espaldas a dos soldados. Un oficial empujó a Cormeran, apartándolo del videófono, que saltó en pequeños trozos. Gerd apretó los labios y apuntó a la espalda del comandante. Pero el oficial se le interpuso y él recibió el dardo de fuego.
Cormeran había escapado. Gerd entró en la biblioteca y fue a salir al pasillo siguiendo al comandante cuando un pelotón de soldados llegaba corriendo. Retrocedió y cerró las puertas de acceso a la biblioteca.
Regresó al túnel. No había ganado mucho tiempo, pensó mientras montaba en uno de los coches, pero tal vez fuera suficiente para que los demás consiguieran salir de la sede. Cormeran utilizaría otro videófono alertando a las tropas. Sabía muy bien que éstas sólo necesitarían de ocho a diez minutos para rodear una vasta extensión de la zona que ocupaba la sede.
Se encogió de hombros cuando pensó que tal vez cuando él llegase al otro extremo del túnel se encontrase ya con las tropas.

CAPÍTULO IX

Gerd conducía el vehículo al tiempo que los maldecía.
Aquellos malditos cacharros no podían pasar de los cuarenta kilómetros por hora aunque triturase el pedal del acelerador. Recordó que el que usó para hacer el camino de ida corría más, precisamente

el que había usado Shenta para marcharse.
Al doblar una pequeña curva pisó el freno bruscamente.
A pocos metros había un coche parado. Estuvo a punto de saltar por encima. Se rehizo y vio que se trataba de Shenta. La chica le gritó apenas verle:
—¡Nos siguen, Gerd! Son Cormeran y varios soldados en los dos coches que quedaban. —Si corren tanto como éste...
—No, desgraciadamente. Nos alcanzarán pronto.
—¿Por qué no has seguido tú? —preguntó, dirigiéndose al coche de ella.
Shenta agitó su cabellera, desalentada.
—He regresado, amor mío. La sede está ocupada por tropas.
—No es posible. Cormeran pudo utilizar otro videófono para pedir ayuda al cuartel, pero aún tardarán en llegar a la sede.
—Son tropas del ejército. Al asomarme por la mirilla del despacho vi los corredores llenos de soldados regulares y otros con uniformes de la guardia personal del Autarca.
—¿Y nuestros compañeros? —preguntó Gerd, sonriéndose al darse cuenta que él ya no dudaba en considerarlos de los suyos.
—No lo sé, pero creo que huyeron a tiempo. Me largué cuando golpeaban la puerta. Pronto nos cogerán en este túnel por ambos lados.
—Vaya, al parecer no me he comportado como un verdadero héroe en tu rescate —masculló Gerd, amargado—. Pero como dice el protagonista de las novelas, moriré matando. —Súbitamente serio, añadió—: Lo siento por ti, cariño.
Escucharon el sordo rugido de los motores procedentes de la dirección donde había llegado Gerd. Desde el otro lado se escucharon secas pisadas de botas sobre el suelo de piedras.
Shenta tenía los labios muy apretados cuando le tomó las manos.
—Aún nos queda una salida, Gerd.
—¿De veras? Como no sea atravesando los muros...
—Algo parecido. La teleportación es algo muy poco frecuente entre nosotros. Yo he realizado algunos experimentos, pero siempre a cortas distancias y con seguridades. Te advierto que podemos aparecer dentro de un árbol o con la cabeza introducida en un bloque de granito.
Gerd la miró ceñudo.
—Si puedes hacerlo tú sola con garantías será mejor que me olvides.
—No. Tú mente es fuerte, aunque no tiene experiencia.
Apretémonos las manos con fuerza, cierra los ojos y procura no pensar en nada. Yo intentaré memorizar un sitio común a los dos. Por Dios, Gerd, ¿qué sitio es común para los dos?
Gerd se esforzó en pensar. Los ruidos seguían aumentando.

—Sólo puedo asociarte con el vestíbulo del museo.
—¡Pero eso está a quinientos kilómetros! La máxima distancia con la que he experimentado fue de unos mil metros ... —Entonces déjalo y escapa tú.
Ella, firmemente, replicó:
—Serán los dos o ninguno. Concéntrate, Gerd.
Cerraron ambos los ojos y Gerd intentó poner su mente en blanco. Resulta muy fácil de decir, pero casi imposible hacerlo. No pensar en nada requiere mucho tiempo de ensayo. Pero lo intentó.
Escuchó el chirrido de frenos. Los coches procedentes de la residencia debían estar ya a su alcance. Gerd sintió que su cuerpo se desgajaba y un intenso frío le azotaba los huesos.
Cuando abrió los ojos notó las manos de Shenta aferradas a las suyas. Escuchó un grito de dolor de ella. La soltó y vio que Shenta se restregaba las manos. Las había estado apretando demasiado fuerte.
Se revolvió asustado, incapaz de creer lo que sus ojos veían.
Docenas, tal vez cientos de personas, les rodeaban. Estaban en el vestíbulo del museo.

* * *

—Nuestro sistema de alarma funcionó bien —dijo Obondo—. Cuando las fuerzas aerotransportadas se acercaron a la sede fuimos avisados con el tiempo justo para largamos. —Sabíamos que tú habías ido en busca de Shenta y nos costó mucho tomar esa determinación —añadió Ogenda—; pero no podíamos arriesgar las vidas de tantos compañeros.
—Lo comprendo —asintió Gerd. Todavía se encontraba un poco impresionado por la reciente experiencia.
Se hallaban en el despacho de Jeremías. Una parte de la pared era una ventana acristalada con vidrio de visión única. Podía verse la actividad reinante en el museo. Por todas partes del vestíbulo, hombres y mujeres conducían carretillas eléctricas cargadas de cajas y bultos. Todos parecían tener una prisa inusitada.
Ogenda silbó.
—Quinientos kilómetros —exclamó a continuación—. Nunca nadie había hecho un salto semejante —miró fijamente a Gerd—. Me pregunto si todo fue gracias a Shenta o ella lo consiguió porque tu mente la ayudó.
—Oh, vamos —protestó Gerd—. Yo no sé nada de poderes paranormales. Es más aún no estoy seguro de que realmente los tenga.
Se levantó y observó un instante la actividad de abajo.
—¿Por qué hay tanta gente y a qué viene este barullo?
—Hay que recuperar el tiempo que se perdió cuando tú y Shenta

aparecisteis en medio del vestíbulo —rió Ogenda—. Vuestra proeza aún se está comentando. Y creo que pasará mucho tiempo antes que se olvide.
—No se olvidará nunca, hermanita —dijo Obondo—. Desde que los nuestros descubrieron que las radiaciones les habían dado poderes paranormales en lugar de convertirlo en monstruos, no hemos cesado de avanzar, de perfeccionar nuestras mentes. Tal vez el poder menos utilizado es el de la teleportación y ése será el que en un futuro no muy lejano solucione muchos de los problemas.
Gerd se volvió para mirar a los hermanos de color. Deseaba que Jeremías regresase con Shenta. Ella había dicho que tenía que hacer un trabajo. Le dejó solo apenas se zafaron de los brazos y felicitaciones de quienes presenciaron su inesperada aparición.
—Habláis de futuro —mascculló Gerd—. ¿Qué futuro puede esperamos ahora? Seguramente fue el Autarca quien envió sus tropas a la sede. Ahora sabe que las escaramuzas se han convertido en una verdadera guerra. Y sólo necesita un poco de raciocinio para llegar a la conclusión que el Museo Aeroespacial es el cubil de sus enemigos.
—¡Claro que sabemos que terminará enviando sus divisiones al desierto, aquí exactamente! —dijo Obondo.
—¿Y estáis tan tranquilos?
—Presta atención, Kremel —dijo Obondo—. Si las cosas no se hubieran precipitado tanto, la culminación de nuestro plan no habría llegado hasta dentro de un mes, más o menos. Pero ya no podemos esperar más. Desde hace dos días se hizo una llamada general a todos nuestros hermanos, a todos los paranormales que existen en la Tierra. Todos estamos ahora aquí, en el museo...
—¿Esperando ser cazados por el Autarca?
—¡No! Todo lo contrario. Alejarnos para siempre de su ambición y locura. ¿Sabes por qué se construyó a unos treinta kilómetros de aquí esa pequeña ciudad?
—Claro. Buscan petróleo. Los antiguos yacimientos argelinos...
—Es falso. Esos yacimientos están secos ya. Sólo fue un pretexto para concentrar a los nuestros cerca del museo. Al ministro de Energía se le convenció de que podíamos reabrir esos yacimientos. Esa ciudad sirvió para reunir pertrechos, víveres y maquinarias. De noche, secretamente, toneladas de mercancías eran entradas en el museo. Aquí todo el personal, excepto los vigilantes, son paranormales.
—¿Dónde están los vigilantes?
—Eran apenas un par de docenas y fueron reducidos fácilmente.
—¿Pero qué intentáis hacer?
—¿No te lo figuras? ¡Largamos de la Tierra!
Gerd se pasó la mano por la cara, un poco desilusionado. —Creí que

el único loco era el Autarca, con sus sueños de conquistar el espacio estelar —rió amargamente—. Doc Lawford me trajo aquí para inculcarme los sueños de nuestros antepasados, cuando en el siglo XX se pensó que la conquista de los planetas era una cosa hecha.
—Ningún planeta del Sistema Solar sirve, Gerd —dijo Ogenda—. Un mundo tipo Tierra tiene que ser buscado más allá de Plutón.
—Sí, claro: en las estrellas.
—Exactamente, en Sirio, Alfa del Can Mayor, existe un planeta que es una copia increíble de la Tierra. Una nueva patria para nosotros los mutantes, Gerd.
—¿Cómo podéis saberlo? Si no me equivoco, Sirio está a 8,7 años luz de distancia. No existen medios astronómicos para afirmar tal cosa.
—Por supuesto, pero este proyecto no es nuevo. Comenzó en 1980, cuando una sociedad particular envió secretamente una nave robot a Sirio. Tardó cerca de diez años en alcanzar su objetivo. Cuando regresó con los datos la guerra estaba en su culminación y tal experiencia fue conservada celosamente por un grupo de hombres, los mismos que comenzaron años antes a construir la gran nave alrededor de la cual el Autarca hizo levantar este museo.
—¿Ese montón de acero de miles de toneladas? —preguntó Gerd con desprecio—. Debieron estar locos si pensaban levantarlo de la Tierra. Ni siquiera tenía un sistema de propulsión.
Los dos hermanos se miraron y sonrieron.
—Ese montón de chatarra lo llamamos «Libertad». Tal vez el nombre no sea muy original y sí muy manido, pero será eso exactamente para nosotros, Gerd: libertad —dijo Obondo—. También secretamente, los paranormales lo hemos estado avituallando para el gran viaje a Sirio, y ese viaje comenzará esta noche o apenas comience a amanecer.
—¿Acaso le habéis instalado el sistema propulsor? ¿Cómo sería posible eso? El Autarca hubiera detectado tal intentó, aunque hubieseis encargado las piezas a un millón de sitios distintos en la Tierra. Y no en todas partes existe una tecnología adecuada.
—Puedes creernos, Gerd. El «Libertad» ya tiene su medio de propulsión. En realidad lo tiene desde hace años.
—Exactamente, ocho mil setecientos veintidós sistemas —añadió Ogenda—. Claro que por separados no sirven para mucho, pero unidos y trabajando al unísono y estrecha fuerza, será más que suficiente para impulsar esas miles de toneladas por el espacio hasta Sirio, y mucho más velozmente que la luz. Antes de seis meses arribaremos al cuarto planeta de Sirio, la nueva Tierra para nosotros.
—Os burláis de mí...
—De ninguna manera —agenda se le acercó y le tocó la frente—. Aquí hay uno de esos ocho mil y pico de sistemas.
Gerd abrió la boca. Balbuciendo, dijo: —La mente.

—Exactamente, Gerd. Más de ocho millares de mentes alzando la más gigantesca nave nunca construida por los hombres del siglo pasado. La más preciada reliquia del Autarca será nuestro vehículo para escapar de su locura.

* * *

Al pie del vehículo blindado, Cormeran esperó que el oficial llegase a su lado con la novedad.

El capitán, vistiendo ropas de combate, se cuadró y después de dar un sonoro taconazo, exclamó:

—Señor, la ciudad está totalmente desierta. Los técnicos revisaron las instalaciones de perfección y...

Cormeran se impacientó. De buena gana hubiera cruzado el rostro del capitán con su fusta.

— Vamos, termine de una condenada vez.

—Todo es un montaje, señor. Nunca han estado perforando. Han debido marcharse hace unas horas. Las huellas indican que se dirigieron al museo Aeroespacial.

El comandante asintió y despidió al oficial con un gesto.

Los focos alumbraban fantasmagóricamente la ciudad desierta, ahora llena de soldados y vehículos blindados. En las afueras, cientos de helicópteros sobrevolaban sus cabezas. Habían llevado hasta allí la división acorazada en un tiempo récord. Pero al parecer no había sido la operación lo suficientemente rápida para impedir que los falsos prospectores de petróleo huyesen a su cubil en el museo.

Entonces rugieron sobre ellos dos escuadrillas de reactores. Tenían instrucciones de permanecer en el aire, dispuestas las bombas y misiles alojados bajo sus alas en delta.

Cormeran se volvió y entró en el gran vehículo, subiendo la rampa. Dentro, en penumbras, una silla de ruedas se movió. Su ocupante apenas se mostró algo a la luz de una lámpara.

—¿Y bien, comandante? —rugió el Autarca.

—Todos los paranormales del mundo parecen haberse reunido en el museo, Excelencia —contestó átonamente.

—Debería matarle, Cormeran —bramó Kem Hill, adelantó la cara y la luz mostró un rostro demacrado, pálido—. Todos mis planes se han venido abajo. Y me temo, por usted, que suya es la culpa.

—Señor, esos sucios mutantes no podrán escapar del museo —gimió Cormeran. Sabía que detrás de la silla estaban apostados dos guardianes fieles al Autarca, con las armas prestas y pendientes de las órdenes de su amo—. Doscientos carros de combate se dirigen hacia allí. Rodearán el edificio y nadie podrá huir.

— Ya lo hicieron en la sede, comandante —dijo el Autarca con desaliento—. Si yo no hubiese intentado comunicarme con usted a

causa de su silencio y sospechado que algo ocurría, se hubiera tardado aún más en enviar las tropas. ¿Y qué hacía usted? Corrió hasta la residencia de Doc y allí no pudo contener el ataque de un solo hombre. ¡Y precisamente del que tengo más interés en apresar! Maldito Gerd Kremel...
—Seguramente también estará en el museo, señor...
—¡Claro que sí! Ni siquiera para asesinar por la espalda sirve usted, Cormeran. ¡Incluso falló en el intento de matar a Kremel para tomar su puesto!
—Repito que nadie escapará del museo, señor. Cuando usted lo desee ordenaré que comience el ataque y...
—¡No! Atacar sería lo último. Dentro del museo está todo lo que he ambicionado en mi vida, durante estos últimos años al menos.
—¿Entonces, señor...?
—No programé la vida de Kremel para nada. Cuando me dijeron que sus padres eran paranormales que habían muerto, decidí que colaborara conmigo, para que una vez adulto me llevase a conseguir el apresamiento de esas sociedades secretas de paranormales. ¡Tenía que haber ocurrido así! Pero aún estamos a tiempo.
La silla se movió y el cuerpo paralizado del Autarca se mostró enteramente a la luz de la lámpara. Desde allí, un par de ojos chispearon y una boca torcida dijo:
—Rodee el museo, pero que nadie se atreva a acercarse más de mil metros. Quiero que se envíe un mensaje que diga...

* * *

Gerd presenciaba la entrada de los últimos pasajeros en el «Libertad». Por la empinada rampa subía ahora una familia. Los dos niños reían y bromeaban entre ellos. Sus padres les riñeron y una mujer les ayudó a entrar.
Levantó la mirada, sobrecogiéndose ante la magnitud de la nave. Más de ocho mil personas estaban dentro ahora, dispuestas para la más fantástica aventura.
Estaba demasiado impresionado. Tanto, que sólo cuando Shenta le besó, recordó que los hermanos Obondo y Ogenda y el director Lash esperaban su decisión a unos metros de distancia.
Gerd caminó hasta ellos, con Shenta cogida del brazo. —Aún necesitamos más de media hora para poder partir —dijo Kremel—. Y el Autarca ha dado cinco minutos para que yo me decida a salir y entrevistarme con él.
—No podemos obligarte a nada, hijo —dijo Lash moviendo la cabeza —. Tienes derecho a subir como los demás. Confiaremos en Dios para escapar.
—No, sería imposible. Si pasados esos cinco minutos no aparezco en

el exterior del museo, el Autarca ordenará a su aviación y artillería que reduzcan el edificio a escombros.
—Iré contigo —dijo Shenta.
—Nada de eso. Kem Hill quiere que vaya yo solo.
—Haz lo que creas conveniente. De todas formas te esperaremos hasta el tiempo fijado —sonrió, forzadamente. Lash. —Fuera tienes un deslizador que te llevará afuera en menos de tres minutos si lo aceleras un poco —dijo, muy seria, Ogenda.
Gerd sonrió.
—De todas formas intentaré volver. Pero sin el tiempo que pienso entretener al Autarca nadie saldría de aquí.
Caminó hasta la gran arteria central del museo. El deslizador estaba cerca de la salida y montó en él.
Recorrió velozmente el ancho pasillo, regado de restos de mercancías. La carga había sido aligerada cuanto habíase podido, sobre todo a partir del anuncio de la llegada de los carros de combate y el constante sobrevolar de los cazabombarderos.
Había sido un oficial de SSM quien portando una bandera blanca se había acercado al museo. Habló con Obondo y luego se retiró apresuradamente, Según pedía el Autarca, la entrevista debía celebrarse a medio kilómetro del museo, más allá de la gran explanada que era utilizada como aparcamiento y uso de helicópteros.
Desembocó en el vestíbulo y detuvo el deslizador. Le impresionó el silencio de la estancia circular. Miró hacia el pórtico, Las puertas estaban totalmente abiertas y por ellas se veían los resplandores sobre las lejanas dunas de los reflectores de la división blindada.
El ruido de los cazas seguía rugiendo por encima del edificio.
Gerd echó a caminar hacia la salida. Contaba con llegar a tiempo a la cita. No podría recorrer medio kilómetro en menos de tres minutos, pero confiaba que el Autarca le vería salir y aquello le haría no dar la orden de ataque.
Tiempo. En la mente de Gerd sólo había un objetivo: ganar tiempo a toda costa. Al menos media hora.
Estaba cerca de la puerta cuando escuchó: —Coronel Kremel.
Se volvió y vio salir de la cafetería al Autarca en su silla, que era empujada por Cormeran.

CAPÍTULO X

—Creí que la cita era en el exterior —dijo Gerd plantándose a pocos metros de ellos.
—Pensé que aquí estaríamos más confortables. El frío del desierto cala mis pobres huesos —dijo el Autarca. Levantó una mano y Cormeran dejó de empujar la silla.

—También decía su petición que la entrevista la celebraríamos nosotros dos. Nadie más.
—Alguien tenía que empujarme, ¿no? —soltó una risita seca—. No me fío mucho del motorcito de mi silla. ¿Es que le molesta la presencia de su colega Cormeran?
—¿Puede suponer lo contrario? Vamos, señor, dígame de una vez lo que quiere.
Gerd pensó que dando prisas al Autarca éste no podría pensar que precisamente lo que él pretendía era ganar tiempo. —Calma, muchacho. Espero que haya considerado la situación y comprendido que su actitud es irracional.
—Lo he pensado todo muy bien.
—Lo dudo. ¿Qué piensa ganar? Ellos sólo son un puñado de seres un poco diferentes a nosotros nada más.
—No olvide que yo soy como ellos.
—Pero yo le preparé para cotas más altas.
—¿Por qué me hizo creer siempre que no era un paranormal? No lo comprendo. Usted siempre quiso apoderarse de uno. ¿No le servía yo?
—¿Cuando eras sólo un muchacho? No, desde luego. ¿Qué sabías tú de las instalaciones secretas de esa pandilla de intrigantes? Yo tenía que desenmascararlos, averiguar quiénes eran y qué puestos ocupaban. Siempre pensé que mentes tan elevadas no podían estar en los suburbios de las ciudades, sino en puestos claves. Y no me equivoqué.
—En eso tiene razón —admitió Gerd. Miraba alternativamente al Autarca y a Cormeran, que aunque aparentemente no mostraba ningún arma, dudaba que oculta no llevase alguna—. ¿Usted hizo que llegase a adulto sin descubrir mi verdadera personalidad?
—Fue un trabajo de un buen equipo de sicólogos. Ellos implantaron una barrera síquica en tu mente. Pienso que aún no has conseguido derribarla totalmente.
Gerd no respondió. Aquel viejo era de cuidado, demasiado inteligente. Pero le estaba otorgando lo que él quería: tiempo.
—Pero esos cretinos fallaron lamentablemente. Me aseguraron que tú eras muy ambicioso, que nunca me traicionarías. —Entiendo. Usted confiaba que cuando los paranormales supiesen que el jefe de SSM era uno de los suyos me pondrían al corriente, ¿no?
—Exacto. Los paranormales se entusiasmarían ante la idea de contar entre los suyos con el jefe del temido SSM. Creerían que contigo nunca estarían en peligro de ser descubiertos. — y yo se los entregaría en bandeja cuando conociese todos los pormenores de la organización.
—Sí.

—Además del secreto vital de los paranormales, del proyecto en el cual habían estado trabajando desde antes de las guerras.
—Eso es. Antes que las guerras produjeran paranormales ya existían gentes, aunque un reducido grupo, que enviaron una nave a las estrellas para descubrir un mundo semejante a la Tierra. Empezaron a construir la gran nave, pero no llegaron a terminarla. Siempre pensé que esos proyectos no habían sido cancelados pese a que ha transcurrido más de medio siglo, que en alguna otra parte están trabajando en una nueva nave.
—¿Y no pensó que los paranormales no desecharían la primera nave? ¿Para qué construir otra teniendo ésta?
—Bah. Yo me habría enterado. Tenían que instalar los motores, muchachos —dijo, despectivo, Kem Hill.
Disimuladamente, Gerd vio que habían pasado quince minutos.
—Pero lo más importante para mí es saber cómo los paranormales pueden derribar un muro mental, como habrían hecho contigo algún día.
Gerd asintió.
—En realidad —dijo— eso es lo que más ambiciona poseer, señor. Siempre, desde que comenzó su enfermedad, soñó con poder levitar, moverse a su antojo con el poder de su mente. ¿Pero no comprende que eso hubiera sido un fracaso en usted, ya que una posible barrera sólo puede ser derribada con éxito en una mente paranormal?
Las manos del Autarca se crisparon.
—Mi mente es poderosa, Kremel. Mi madre fue una paranormal. ¿Por qué yo no puedo disponer de esos poderes? Nada más necesito una enseñanza.
—Está equivocado, maldita sea. Ha matado mutantes durante años obsesionado por una idea absurda. Si usted hubiera sido un paranormal, ¿cree que mis actuales compañeros no habrían acudido a usted y se lo habrían dicho? Eso hubiese significado terminar con la persecución que ordenó contra ellos. Recapacite.
El Autarca resopló y usó unos segundos para recobrar la calma.
— Ya está bien, Kremel. Estoy perdiendo la paciencia.
—Señor, está tratando de ganar tiempo —exclamó Cormeran—. ¿No lo comprende? Desde que llegó sólo habla y habla.
Gerd maldijo mentalmente a Cormeran.
—Puede ser cierto —asintió el Autarca—. Kremel, se acabó esta cháchara. Puedo destruir este edificio en segundos, con todos los miles de paranormales que haya. Dígales que respetaré sus vidas si se entregan, que les dejaré vivir en paz.
—No le creerán.
—Pero a usted sí le creerán.
—Sé que usted miente, que no piensa cumplir lo que dice.

—Pero sólo lo sabe usted. Y a cambio olvidaré todo lo que ha hecho. Con usted no faltaré a mi palabra. Quiero que sea mi sucesor, Kremel, el futuro Autarca de un mundo poderoso, mucho más de que lo es ahora.
—No haré nada de eso —Gerd vio que habían transcurrido veinticinco minutos. Podían ser suficientes. Necesitaría cien segundos para volver junto a la nave. Empezó a sudar.
—¡Idiota! Gasearé el museo y usted sufrirá una muerte atroz...
Gerd empezó a retroceder de espalda. Vio que el Autarca le apuntaba con un dedo y gritaba a Cormeran.
—¡Mátalo! Y salgamos de aquí.
No había tiempo para llegar hasta el deslizador, pensó Gerd viendo como Cormeran sacaba una pequeña pistola.
Odió en aquel momento profundamente a Cormeran.
Aquel hombre no merecía vivir. Había causado demasiados daños. Recordó cuantos desgraciados mutantes habían caído en sus manos y desaparecido para siempre una vez que comprobó que no eran para normales.
Gerd rugió al observar que la pistola de Cormeran tomaba puntería. Algo crujió dentro de su mente y una tormenta pareció desatarse dentro de su cabeza. Deseó que Cormeran...
El comandante de SSM saltó del suelo, gritó y siguió elevándose hasta que su cuerpo golpeó el alto techo, bajó unos metros y luego se estrelló de nuevo, esta vez con más fuerza.
Gerd lo soltó y el cuerpo de Cormeran se precipitó al suelo desde una altura de veinte metros. Sonó secamente sobre las lozas de mármol y quedose inmóvil sobre un charco de sangre.
Jadeante, Gerd se pasó la mano por la frente. Estaba chorreando sudor. Miró hacia el Autarca, que había asistido al acto inmóvil, más pálido que nunca.
—La barrera se ha roto —le escuchó murmurar.
—Sí, eso ha debido ocurrir —le dijo Gerd—. Ahora, maldito loco, le dejaré aquí. Si puede mover su silla, salga y desde el exterior verá salir disparada la nave que conservó un montón de años pensando que era sólo chatarra.
—¿Esa nave inútil? —El autarca esforzóse en dibujar una sonrisa—. No me haga reír, Kremel. El esfuerzo ha debido perturbarle.
—No, mísero dictador. Esa nave fue concebida para viajar a las estrellas sin motores, sólo impulsada por el poder de las mentes de sus pasajeros. ¡Púdrase, Kem Hill!
Y Gerd corrió hacia el deslizador. Sus ruedas chirriaron al ponerlo en marcha y con una marcha de vértigo se precipitó hacia la arteria principal. Movía el volante nerviosamente, rogando llegar a tiempo. Miró el reloj de pulsera. ¡Había pasado la media hora! La nave podía

en cualquier instante partir, sobrepasar los muros y enfilar su aguda proa hacia las estrellas que aún permanecían reluciendo en el cielo.
Por una vez volvió la cabeza. Aún podía ver el vestíbulo.
No estaba seguro, pero había creído ver que el viejo Autarca movía su silla hacia el exterior. ¿A contemplar la partida de la nave o confiaba en dar la orden a tiempo para que la artillería apostada alrededor del museo abriese fuego?
Casi enloquecido, Gerd pisó a fondo el acelerador. Vertiginosamente, la más alejada sección del museo se acercaba a él.

* * *

—De todas formas, el viejo ha debido contemplar un gran espectáculo —dijo Shenta.
Gerd se giró y la besó.
—Muy a pesar suyo ha tenido que conformarse con ser espectador.
Se hallaban a punto de sobrepasar la órbita de Plutón. La nave aceleraba constantemente. Ya casi habían alcanzado la velocidad de la luz y muy pronto la sobrepasarían. A bordo, todos los hombres y mujeres adultos estaban en aquellos momentos en sus cabinas, concentrados en impulsar la gran nave hacia Sirio.
A Gerd le habían dispensado por el momento de aquel trabajo.
Pero Jeremías había asegurado que una vez superada la velocidad de la luz con sólo una décima parte de las mentes de a bordo sería más que suficiente para mantener la nave a tal nivel. Podrían hacer una vida normal, con sus correspondientes turnos, durante los meses que iban a necesitar para alcanzar su destino.
Tumbada a su lado, muy apretada contra él en la litera, Shenta le acarició los cabellos.
—Lo has pasado muy mal, cariño. El asintió.
—Es cierto. Fue un momento que no olvidaré. No me estrellé de milagro conduciendo el deslizador por la arteria en dirección a la nave, temiendo a cada fracción de segundo que partierais sin mí.
—¿Temías perderme? —le preguntó ella pícaramente.
—Lo temía todo, pero, sobre todo, no volverte a ver más.
—Eres un tonto —rió ella.
—¿Eh? ¿A qué viene esto?
—Más de ocho mil mentes estaban contigo en tu charla con el Autarca. Cuando Cormeran estuvo a punto de dispararte corrimos el riesgo y derribamos tu barrera síquica. Gracias a ello pudiste jugar con Cormeran como si fuera una pelota. Luego, por supuesto, esperamos el tiempo suficiente para que pudieras llegar hasta la nave. ¿Creías que podíamos dejarte abandonado aquí?
Gerd resopló.
—Demonios, debí haberlo sabido y no habría pasado tan mal rato. Por

cierto...
—¿Sí?
—Estás obligada a reparar lo mal que lo pasé.
Shenta hizo que la puerta del camarote se cerrase. Lo hizo desde la litera, mentalmente. Luego echó el pestillo. Atenuó la luz y dijo mientras se desnudaba, haciendo que sus ropas flotasen en la reducida estancia:
—Con mucho gusto.